

# CONDUCTAS PROSOCIALES Y ANTISOCIALES EN ADOLESCENTES

Laura Gil Tamayo



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS  
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA  
MEDELLÍN, COLOMBIA  
2016

# CONDUCTAS PROSOCIALES Y ANTISOCIALES EN ADOLESCENTES

Laura Gil Tamayo

Trabajo de grado para optar al título de psicóloga

Asesora

Maricelly Gómez Vargas

Psicóloga. Mg. en Psicología

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS  
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA  
MEDELLÍN, COLOMBIA

2016

Contenido	
Resumen.....	4
Introducción .....	4
Antecedentes de investigación .....	6
Planteamiento del problema .....	14
Objetivos .....	19
General .....	19
Específicos .....	19
Metodología .....	20
Población:.....	20
Muestra:.....	20
Variables: .....	21
Tabla I. Operacionalización .....	21
Instrumentos:.....	21
Plan de recolección y análisis de la información: .....	22
Marco Teórico.....	22
1. La conducta prosocial.....	22
Autores y teorías acerca de la conducta prosocial.....	24
2. Conducta antisocial .....	28
Autores y teorías de la conducta antisocial .....	30
3. La adolescencia .....	33
Autores y teorías en el tema de adolescencia.....	35
Teorías que soportan los instrumentos .....	37
Análisis De Los Datos.....	37
Conclusiones .....	44
Referencias bibliográficas .....	48

## Resumen

Se revisa en la literatura la relación entre la conducta prosocial y antisocial en la adolescencia. Considerando la adolescencia como una etapa de la vida con altas probabilidades de generar comportamientos antisociales, a menos que se presenten factores preventivos que así mismo inciden en la presencia de conductas prosociales.

**Palabras clave:** Conducta prosocial, conducta antisocial, adolescencia, factores.

## *Abstract*

It is reviewed in the historical and current relationship between prosocial and antisocial behavior in adolescence literature. Considering adolescence as a life stage most likely to generate anti-social behavior, unless preventive factors which likewise affect the presence of prosocial behaviors occur.

**Keywords:** prosocial behavior, antisocial behavior, adolescence, factors.

## Introducción

Esta investigación forma parte de la línea de investigación de psicología clínica del Grupo de Investigación Psyconex del Departamento de Psicología de la Universidad de

Antioquia. Este trabajo se enfoca en la descripción de las relaciones entre la conducta prosocial y la antisocial, el género y grado escolar de los adolescentes que estén cursando los grados 6°, 7°, 8°, 9°,10°y 11° en instituciones educativas del sector oficial de las comunas 4 y 8 de la ciudad de Medellín.

## Antecedentes de investigación

Acerca de las conductas prosociales se han publicado varios artículos entre los años 2005 a 2015 en Colombia, entre ellos el de Parra Esquivel (2012), Redondo y García (2014), Sandra Toledo y Reyes (2010), Cándido, Martínez, Valle, García y Ruiz (2011) Gutiérrez, Escartí y Pascual (2011), Martínez, Inglés, Piqueras y Oblitas, (2010), Inglés, Cándido, Martínez y García (2013).

Parra (2012), estudió las habilidades mentalistas y la conducta prosocial en niños escolarizados del Colegio Distrital Tomás Carrasquilla en edad de siete años con privación social, es decir que a sus familias se les habían vulnerado los derechos de empleo, participación formal en instituciones sociales, recreación, educación, entre otras. Se realizó a partir de una técnica del psicodrama llamada juegos de rol por medio del doblaje, lo cual les permitió crear empatía y conductas cooperativas entre los niños. Por habilidades mentalistas se entiende que son las posibilidades de suponer ciertos estados emocionales y cognitivos a otras personas y la posibilidad inherente de interactuar con ellos y a partir de esto tener conductas prosociales. La autora cita a Eisenberg y Strayer (1992) quienes encontraron que la empatía se asocia con una mayor conducta prosocial, también cita a López y colaboradores (1998) estudiaron la influencia ciertas variables cognitivas y afectivas que se posibilitaban las conductas prosociales: entre estas el vínculo de la madre y la empatía. En la investigación de Parra (2012) se encontró en la caracterización de los participantes que “los principales motivos de ingreso de la muestra respectiva son en un 86% el aprovechamiento del tiempo de ocio, 71% asesoría en tareas, 43% refuerzo académico y 14% por soledad sentida por el niño. Los motivos de ingreso no suman el 100%, debido a que las madres reportan que el niño o la niña ingresan por más de un motivo de los mencionados” (p. 120). También se encontró que en la totalidad de la muestra, los padres de los niños tienen un estado civil de separación, de modo que las madres son las que se encargan del cuidado de los niños, al mismo tiempo por la ausencia de la figura paterna, la mayoría de las madres de esta muestra laboran para llevar el sustento a la familia, “se evidencia dificultades en el acatamiento de normas, poca

tolerancia a la frustración, desvinculación emocional con los padres y carencia afectiva” (p.121).

Tras la caracterización se realizó la aplicación de tareas en la que se encontró que algunos de los niños tenían un buen uso de las habilidades mentalistas mientras que otros presentaban aspectos por mejorar en el uso de las habilidades mentalistas.

También que existe una relación entre las habilidades mentalistas y la conducta prosocial, donde las conductas prosociales de carácter altruista requieren del componente cognitivo, específicamente, del desarrollo de las habilidades mentalistas, se evidenció que cuando los niños y niñas no saben hacer uso adecuado de las habilidades mentalistas tienen dificultades para manipular cooperativamente.

Por su parte Redondo y García (2014) estudiaron la relación existente entre las autoatribuciones académicas en lenguaje y matemáticas, para ello utilizaron el Teenage Inventory of Social Skills y la Escala de Atribución Causal de Sydney en una muestra de 2.022 estudiantes de Educación Secundaria de 12 a 16 años, seleccionados aleatoriamente de 20 escuelas urbanas y rurales en las provincias de Alicante y Murcia, España. Se encontró que 17.35% de estudiantes eran prosociales. De igual modo, los estudiantes con mayor puntuación en conducta prosocial, tenían más alto el puntaje de metas de aprendizaje y logro, mientras que las metas de refuerzo social son inversamente proporcionales al puntaje de conducta prosocial.

Sandrea y Reyes (2010), realizaron una investigación acerca de la incidencia de los proyectos de aprendizaje de servicio-comunitario en las conductas prosociales de estudiantes universitarios. De corte positivista, explicativa y experimental, siguiendo un diseño cuasi-experimental, con grupo pre-prueba y post-prueba y grupo control la muestra fue en total de 100 estudiantes, 50 de un grupo control y 50 de un grupo experimental, se encontraron diferencias significativas en la pre prueba y la post prueba, debido al proyecto de Aprendizaje de Servicio Comunitario aplicado que se concluyó contribuye de forma efectiva respecto a las conductas prosociales.

Cándido, Martínez, Valle, García y Ruiz (2011) estudiaron como correlacionaba la conducta prosocial y la motivación académica en una muestra de 2.022 estudiantes españoles de Educación Secundaria Obligatoria, aplicaron las pruebas de Teenage Inventory of Social Skills (TISS) y Goal Tendencies Questionnaire (AGTQ), se encontró

que la conducta prosocial correlaciona de forma positiva con las metas de aprendizaje y logro, a su vez estas predecían positivamente la conducta prosocial, al contrario que ocurría con las metas de refuerzo social que predijeron negativamente la conducta prosocial.

Gutiérrez, Escartí y Pascual (2011), aplicaron las versiones españolas de las pruebas Index of Empathy for Children and Adolescents, la Prosocial Behaviour y la Physical and Verbal Aggression, la Multidimensional Scale of Perceived Self-Efficacy y el Contextual Self-Responsibility Questionnaire, a una muestra de 822 alumnos de 8 a 15 años, pertenecientes a 11 centros educativos de la Comunidad Valenciana, se encontró que la conducta prosocial, la empatía y la percepción de eficacia predecían positivamente la responsabilidad personal y social de los participantes, mientras que la agresividad tuvo correlación negativa con la responsabilidad.

Martínez, Inglés, Piqueras y Oblitas (2010), en un estudio cualitativo afirman que las conductas prosociales permiten un mayor y mejor bienestar psíquico y físico en los adolescente, de modo que después de analizar estos conceptos proponen que se den en los planes de estudio de primaria y secundaria una asignatura donde se enseñe las habilidades relacionadas con las conductas prosociales y la inteligencia emocional de los niños y adolescentes.

Inglés, Cándido, Martínez y García (2013) en una investigación en la que aplicaron las pruebas de Teenage Inventory of Social Skills (TISS) Learning and Study Strategies Inventory-High School (LASSI-HS) a 2022 estudiantes españoles (51.1% varones) de Educación Secundaria Obligatoria, para analizar la relación entre conducta prosocial y las estrategias de aprendizaje, se encontró que la conducta prosocial predice de forma positiva y estadísticamente significativa las puntuaciones altas en ciertas estrategias y habilidades de estudio tales como actitud hacia el éxito académico, motivación, procesamiento de la información, selección de ideas principales, ayudas al estudio, autoevaluación y estrategias de evaluación. También se encontró que la conducta prosocial predijo de forma negativa y estadísticamente significativa puntuaciones altas en ansiedad. Solo en los estudiantes de 2º y 4º la conducta prosocial fue un predictor positivo y estadísticamente significativo de altas puntuaciones en control del tiempo y solo en la muestra de 4º, en concentración.

Sobre conducta antisocial, por su parte se han realizado también investigaciones en los años 2005 a 2015, entre ellos Redondo y Guevara (2012); Sobral, Gómez, Luengo,



Ángeles, Romero y Villar (2010); Vera, Bautista, Ramírez y Yáñez (2012); Useche (2012); Gaeta y Galvanovskis (2011); Cifuentes y Londoño (2011); Cabrera, Gonzalez, Vargas y Franco (2013); Vera, Bautista y Ramírez (2014).

Redondo y Guevara (2012) realizaron una investigación sobre las diferencias de género en la prevalencia de la conducta prosocial y agresiva en adolescentes de dos colegios de la ciudad de Pasto – Colombia, a 1878 estudiantes, con un rango de edad de 11 a 17 años pertenecientes al Instituto Champagnat y a la Institución Educativa Municipal Técnico Industrial, se aplicó el Inventario de Habilidades Sociales para Adolescentes (TISS; Teenage Inventory of Social Skills, Inderbitzen & Foster, 1992; Inglés, Hidalgo, Méndez & Inderbitzen, 2003 citados por Redondo y Guevara 2012). Encontrando que las mujeres tenían más conductas prosociales que los hombres, y que estos comportamientos variaban según el grado académico de los participantes, así mismo, los hombres puntuaron más alto en conducta antisocial que las mujeres, con diferencias moderadas. Según el grado escolar aumentaban los comportamientos antisociales desde 6º, 7º y 9º grado. Los autores de tal investigación encontraron en la revisión teórica que hay dos posibles explicaciones frente a estas discrepancias en los resultados. Una de ellas la teoría biológica afirma que puede existir una inclinación congénita para la empatía en las mujeres dado que desde la infancia son preparadas para el rol de cuidadoras (Waxler, Yarrow, Wagner & Chapman, 1992 citados por Redondo y Guevara 2012). La otra teoría es la del proceso de socialización que indica que ambos géneros tienen distintos modelos en el desarrollo social, a los varones se les enseña una aserción negativa de defender sus derechos personales y expresar desagrado, tener iniciativa en las relaciones con las mujeres y comportarse competitivamente y agresiva, mientras que las mujeres aprenden desde su infancia a darle mayor importancia a las necesidades de los demás que a las propias, esperar que la iniciativa la tengan los hombres, ser reservadas en cuanto lo que opinan, abstenerse de sus deseos por condescender a las necesidades de los demás, de modo que internalizan unos elementos socio-cognitivos prosociales (Eisenberg & Fabes, 1998 citados por Redondo y Guevara 2012) y controlan más sus emociones inhibiéndolas e incidiendo esto en una menor agresividad (Kochanska, Murray & Coy, 1997 citados por Redondo y Guevara 2012). Los autores plantean que en conclusión, los estereotipos sexuales y las pautas educativas son las causantes de estas discrepancias en cuanto como socializan tanto los

hombres como las mujeres (Merrell & Gimpel, 1998; Ortiz et al., 2011 citados por Redondo y Guevara 2012).

Sobral, Gómez, Luengo, Romero y Villar (2010) investigaron acerca de la aculturación y la conducta antisocial en adolescentes latinoamericanos. Los autores realizaron un análisis los estilos de aculturación de: integración, separación, asimilación y marginación propuestos en el modelo de Berry, en una muestra de adolescentes inmigrantes latinoamericanos que viven en España, examinaron la relación de esas estrategias con el nivel de conducta antisocial y el abuso de alcohol. Encontraron que el grupo de adolescentes latinoamericanos que optan por la estrategia de separación son los que presentan mayores conductas antisociales y, contrariamente a lo esperado, el grupo de marginación se asocia con menores actos antisociales.

Vera, Bautista, Ramírez y Yáñez (2012), por su parte, estudiaron la relación entre la anomia social, la alienación y la conducta antisocial en jóvenes infractores mexicanos. Aplicaron una batería de cinco instrumentos y preguntas socio-demográficos a 126 adolescentes varones infractores reclusos en el Instituto de Tratamiento y de Aplicación de Medidas para Adolescentes en Sonora. Encontraron que la alienación y la anomia social resultaron significativas y características de los infractores y quienes tienen conductas delictivas. Su propuesta es tener en cuenta que en los programas de intervención deben considerarse aquellos mecanismos que logren un impacto en el microambiente del infractor, para incidir de forma positiva en su reintegración a la sociedad.

En una investigación realizada por Gaeta y Galvanovskis (2011) sobre la Propensión a Conductas Antisociales y Delictivas en Adolescentes Mexicanos, se aplicó el Cuestionario A-D, conductas antisociales delictivas a una muestra de 150 estudiantes de secundaria y preparatoria, de entre 12 y 20 años de edad, se encontró que los varones presentan más conductas antisociales y delictivas que las mujeres y que además tienden a tener comportamientos antisociales con más agresividad. También se encontró que los adolescentes que convivían únicamente con uno de los padres propendían más a estos comportamientos en comparación a los que cohabitaban con los dos padres. El estudio permitió constatar que los jóvenes entre las edades de 18 y 20 años tendían en mayor proporción a estas conductas en comparación a quienes tenían entre 12 a 14 años.

Cifuentes y Londoño (2011) realizaron un estudio acerca del perfil cognitivo y psicopatológico asociados a la conducta antisocial, en el cual tenían una muestra de 607 prisioneros judicializados 405 eran hombres prisioneros de la cárcel de Bellavista y 202 eran mujeres prisioneras de la cárcel del Buen Pastor, con una edad media de 30, fueron divididos en dos grupos según si tenían o no trastorno de la personalidad antisocial, en los que 398 tenían TPA y 209 eran el grupo control sin TPA, a ambos grupos les aplicaron varios instrumentos: YSQ-L (Young & Brown, 1999 citado por Cifuentes y Londoño 2011) validado por Castrillón et al. (2005), EEC-M (Londoño et al., 2006 citado por Cifuentes y Londoño 2011), el MCMI-II (Millon, 1999) y la MINI (Scheehan & Lecrubier, 1999 citados por Cifuentes y Londoño 2011), y encontraron que habían varias variables relacionadas con conducta antisocial, tales como: insuficiente autocontrol autodisciplina, derecho grandiosidad y privación emocional, estrategias de evitación cognitiva y religión, personalidad paranoide, compulsiva y esquizoide y síndrome clínico delirante.

Cabrera, Gonzalez, Vargas y Franco (2013), realizaron una investigación en la que aplicaron a 16 adolescentes varones con edades entre los 14 y los 18 años, judicializados y vinculados al sistema de responsabilidad penal del departamento del Quindío, entre los años 2008-2010, quienes fueron seleccionados teniendo en cuenta que hubieran cometido por lo menos una vez una conducta antisocial y delictiva, a estos se les aplicó el cuestionario de conducta AD (antisocial y delictiva), se observó que generalmente los adolescentes no terminaron la etapa de estudio en la cual estaban inscritos, el 56% de la población elegida presentaba altos índices de conducta antisocial, mientras que en relación a la conducta delictiva se evidenció que el 62,5% de la muestra presenta un riesgo alto en la misma, de lo que se infirió que existe una relación directamente proporcional entre los dos factores, al notar que quienes puntuaron un nivel de riesgo alto en conducta antisocial, también presentan el mismo nivel frente a la conducta delictiva.

Vera, Hernández y Ramírez (2014) estudiaron los efectos de la anomia, alienación y confianza en la conducta antisocial en jóvenes fuera del sistema escolar y laboral, a una muestra de 100 jóvenes que no estudiaban ni trabajaban al momento del recolectar los datos y que vivían en una colonia llamada Solidaridad, donde el índice de marginación es alto, y que está ubicada en la ciudad de Hermosillo (Sonora), México. Para evaluar anomia social desarrollaron un cuestionario basado en el instrumento de inestabilidad social de Li,

Atteslander, Tanura y Wang (1999) adaptado por Yáñez (2011) citados por Vera, Hernández y Ramírez (2014), así mismo aplicaron la prueba de anomia psicológica desarrollada por McClosky y Scharr (1965) citados por Vera, Hernández y Ramírez (2014) y adaptada para jóvenes de Sonora por Yáñez (2011), también la escala de conductas antisociales y delictivas (CAD) (Formiga, 2003; Formiga & Gouveia, 2003 citados por Vera, Hernández y Ramírez 2014). Adecuada para jóvenes de Sonora por Yáñez (2011). Aplicaron una variación de la escala de alienación de Aceituno y Drago (1989, citados por Vera, Hernández y Ramírez 2014) adaptada por Yáñez (2011). Y elaboraron una escala denominada “confianza en las instituciones”. Encontraron que la anomia psicológica y social, alienación y confianza en las instituciones permiten explicar el 28 % de la variabilidad en la manifestación de la conducta antisocial y delictiva.

Sobre delincuencia juvenil se ha investigado acerca de la innovación psicosocial: planificar su implementación y difusión para prevenir la delincuencia juvenil (LeBlanc, Line, Robert & Marie, 2012) y la mediación de la gravedad delictiva y cronicidad de los delinquentes juveniles según la competencia (Fariña, Vázquez & Arce 2014).

LeBlanc y Robert (2012) basándose en la teoría de la difusión de la innovación hablan acerca de los beneficios y dificultades que puede traer esto para crear programas preventivos dirigidos a los jóvenes para evitar la delincuencia en estos, permitiendo la mejora del ambiente social.

Por su parte Fariña, Vázquez y Arce (2014) midieron cognitiva y comportamentalmente si los niveles de gravedad delictiva podían correlacionarse, en la parte cognitiva evaluaron la regulación emocional, el autoconcepto, atribución de la responsabilidad, y resolución de problemas en una muestra de 283 adolescentes que estaban cumpliendo una condena judicial, de los cuales 139 (68 reincidentes y 71 primarios) habían cometido un delito violento y 144 sin violencia (77 reincidentes y 67 primarios). Los resultados mostraron que la gravedad delictiva es independiente de la competencia cognitiva y comportamental y que la delincuencia crónica se relaciona con menor competencia.

Acerca de adolescencia en Medellín se realizó una investigación acerca de la perspectiva de algunos actores sobre los modelos de educación para la salud subyacentes en

programas de salud sexual y reproductiva dirigidos a adolescentes entre los años 2004 y 2007 (Molina & Posada, 2013).

En Colombia, solo en el año 2015 se han realizado once investigaciones sobre la adolescencia. Una de ellas realizada por Redondo, Luzardo, Larrotta y Rangel (2015) acerca de las diferencias en los comportamientos agresivos entre adolescentes colombianos. También Díaz y Chávez (2015) estudiaron las complicaciones maternas en adolescentes y adultas afiliadas al régimen subsidiado durante el año 2012. Por su parte Varela y Lara (2015) analizaron los desempeños sociales de las adolescentes de Uruguay. Rey (2015) estudió las variables asociadas a los malos tratos en el noviazgo en adolescentes y adultos jóvenes, se encontró que según el número de actos violentos observados en los padres los jóvenes estaban o no de acuerdo con la violencia de pareja. Fernández, González, Contreras y Cuevas (2015) examinaron la relación entre imagen corporal y autoconcepto físico en mujeres adolescentes. Quintero y Rojas (2015) analizaron la situación del embarazo en la adolescencia mediante análisis del discurso encontrando que desde la perspectiva de madres el embarazo era visto como una ruptura biográfica de ellas y que el aspecto sociocultural de mayor importancia es falta de comunicación entre padres e hijos frente al tema de la sexualidad, la ausencia de un proyecto de vida y el acceso restringido de los adolescentes a información adecuada y uso de métodos anticonceptivos. Higueta y Cardona (2015) hicieron un meta-análisis de la percepción de la calidad de vida relacionada con la salud del adolescente según el género, aplicaron las pruebas Q, Begg, Funel Plot, Galbraith, Influencias, ForestPlot y metaregresión, encontraron que los hombres puntuaban más alto en “actividad física y salud” y “estado de ánimo y sentimientos” mientras que las mujeres tenían mejores puntuaciones en “apoyo social y amigos” y “entorno escolar”. Palacios (2015) estudió las propiedades psicométricas del inventario de búsqueda de sensaciones para adolescentes en México (IBS-Mx) encontró que las propiedades psicométricas (estructura factorial, validez y consistencia interna) eran adecuadas. Finalmente, Cuesta, Castillo, Cárdenas y Gutiérrez (2015) realizaron una revisión de documentos publicados por organismos internacionales, organizaciones no gubernamentales y trabajos académicos sobre trata de personas, explotación sexual comercial de niños, niñas y adolescentes (ESCNNA), realizando también propuestas de sensibilización para la prevención y medios de comunicación.

## Planteamiento del problema

La conducta prosocial se relaciona con diversos factores que influyen considerablemente en el fomento de las habilidades positivas, algunos de estos factores son dar consuelo, dar ayuda, ser altruista, compartir, dar asistencia, cooperar y ser solidario (Moñivas, 1996).

Las investigaciones acerca de los comportamientos de ayuda comenzaron a partir de los años 60, cuando Darley y Latané, en 1968, propusieron la concepción del *efecto del espectador*, que plantea que hay menos posibilidades de que alguien sea ayudado en momentos en que haya espectadores. Después de él, otros autores que trataron el tema de las conductas prosociales fueron Piliavin, Rodin y Piliavin (1969), quienes investigaron este concepto en el contexto de la vida cotidiana y propusieron un modelo basado en una matriz de *costos-beneficios*. Por su parte Coke, Baston y McDavis (1978), introdujeron el concepto de la conducta prosocial con base en dos factores, la *activación emocional* y *ponerse en el lugar del otro*. Más tarde, Snyder *et al.* (1985), explicaron la conducta prosocial según las *tendencias disposicionales* y los *factores situacionales*, ambos factores son variables independientes entre sí. Dos años después, Batson *et al.* (1987) afirmaron que la conducta prosocial surge según el contexto sea con un escape fácil o uno difícil (Molero, Candela & Cortés, 1999).

Existen dos tipos de conductas prosociales, aquellas que tienen un beneficio para ambas partes implicadas y las que benefician solo a una de las partes. Gadorgordobil, define la conducta prosocial como "toda conducta social positiva que se realiza para beneficiar a otro con/sin motivación altruista" (Gadorgordobil, 2005, p.44)

En varios estudios, se ha evidenciado que las personas con conductas prosociales son más populares y controvertidos, y los que no son prosociales son más rechazados y excluidos (De Bruyn & Van den Boom, 2005; Hayes, 2000; Pakaslahti, karjaleinen & Keltikangas. Järvinen, 2002; Wentzel & Caldwell, 1997); esto también se verificó en una investigación realizada en Valledupar, Colombia (Plazas, Morón, Sarmiento, Ariza & Patiño 2010).

También se han realizado estudios que plantean una relación entre la empatía y las conductas prosociales y antisociales, encontrándose mayor empatía en las personas que tienen conductas prosociales y menor empatía en quienes tienen conductas agresivas.

En los últimos años se ha investigado acerca de las diferencias entre varones y mujeres en la empatía y la conducta prosocial y se ha encontrado que las mujeres presentan mayor empatía, más altos niveles de conducta prosocial y más bajos niveles de agresividad (Carlo, Hausmann, Christiansen & Randall, 2003; Carlo, Raffaelli, Laible & Meyer, 1999; Scourfield et al., 2004; Singh-Manoux, 2000).

Las conductas prosociales, hacen alusión a los comportamientos cuya finalidad es favorecer o auxiliar a los demás, sin importar la intención que se tenga al ayudar (Eisenberg & Fabes, 1998), además sirven como factor protector o inhibidor de la agresividad y de las conductas antisociales que se refieren a todos los comportamientos cuya finalidad es dañar o herir a otros (Coie & Dodge, 1997).

La contraparte de las conductas prosociales son las conductas antisociales, las cuales comienzan desde la infancia en casos en que los padres hayan tenido costumbres correctivas fuertes, incoherentes o con carencia de autoridad y un ambiente afectivo frívolo e indiferente. Sin embargo, también hay factores del entorno, de las relaciones con los otros y de lo individual que pueden influir negativamente y ser causa de las acciones agresivas contra los demás o contra las normas, no obstante también hay factores protectores que minimizan la probabilidad de que se den conductas antisociales, por ejemplo la empatía (Retuerto & Mestre 2005, citado por Plazas, *et al.* 2010).

Las conductas antisociales se las asocia con la delincuencia juvenil, y ambas se relacionan en muchos casos con la violencia; para ilustrar, esta última es definida por la Organización Mundial de la Salud como toda aquella acción realizada en perjuicio de sí mismo, de alguien o de varias personas, mediante agresiones físicas o abuso de la autoridad, ya sea por medio de una intimidación, advertencia, o llevado al acto, produciendo, causando o con probabilidad de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones (Organización Panamericana de la Salud, 2002).

Es necesario abordar la definición de adolescencia, que consiste en el paso que hay de la niñez a la adultez, en esta etapa suceden unas transformaciones a nivel cognitivo, psicosocial y físico. La adolescencia comienza a los 11 o 12 años y termina a los 19 o 20

años. Las principales preocupaciones acerca de la salud en esta etapa son: la condición física, las necesidades del sueño, los trastornos alimenticios, el abuso de drogas, la depresión y las causas de muerte en adolescencia.

Casas y Ceñal (2005) proponen que los adolescentes en la actualidad sienten predilección por vivir experiencias que les conlleve competición y que cuando esto no se suple, pueden surgir en ellos conductas como vandalismo, delincuencia y otros actos que conllevan riesgo, y se enmarcan en las conductas antisociales.

Esto puede evidenciarse en datos estadísticos analizados por el DANE, en los que se encontró que la implicación en infracciones contra la ley por parte de los jóvenes menores de edad, entre los 14 y 17 años, es del 11,5% del total que se presentan en el país, y están envueltos en su mayoría en delitos por robo, narcotráfico, manejo y repartición de armas ligeras y agravios personales (DANE, 2012).

En palabras de Norato, directora de la fundación agencia de comunicaciones Periodismo Aliado de la Niñez, el Desarrollo Social y la Investigación – PANDI, lo relacionado con estupefacientes y armas son delitos que cometen los jóvenes contratados por adultos para vendan o transporten el arma, de acuerdo con esto no es posible culpar a los adolescentes sino buscar una garantía para que estos ejerzan sus derechos. (Anónimo, 2012).

El comportamiento prosocial y el antisocial han sido estudiados de forma separada por los psicólogos del desarrollo y la psicopatología, sin embargo recientemente se ha investigado simultáneamente con el fin de comprender las cómo interaccionan entre sí (Veenstraa, et al., 2008).

Del mismo modo, la conducta antisocial se ha relacionado con el género, encontrándose que los varones tienden a tener índices mayores de agresividad (Calvo, González & Martorell, 2001) también se involucran más en actos delictivos (Rodríguez & Torrente, 2003), tienden a buscar sentir emociones fuertes, son más desinhibidos y más susceptibles a aburrirse (Navas, Muñoz & Graña, 2005; Garaigordobil, 2005; López & Lobo, 2008)

De manera que es pertinente la realización de esta investigación, dadas las implicaciones que caben esperarse, puesto que al evaluar la situación de los adolescentes en cuanto a las conductas prosociales y antisociales, se podrá comprender mejor la realidad



que viven y con base en la información recogida se podría realizar un programa para intervenir y prevenir las conductas antisociales y más aún, para promover las conductas prosociales en los adolescentes de esta ciudad.

Es importante tener en cuenta que entre las ciudades de Colombia, Medellín ha sido particularmente uno de los lugares donde se ha presentado mayor cantidad de actos violentos en términos generales.

Según una investigación realizada por el ex concejal Federico Gutiérrez durante los últimos seis meses de 2013 y titulada: “Inseguridad en Medellín Preocupación y realidad”, el centro de Medellín presenta los mismos índices de homicidios que la ciudad considerada por la ONU como la más violenta del mundo: San Pedro Sula, en Honduras.

En un estudio realizado por Castro y Gaviria (2005), se encontró que en las escuelas de Medellín, los grados primero y segundo de primaria en niños con edades de los cinco a los nueve años, el 23,9% de los escolares del total de una muestra de 631 niños, presentaban en 2001 problemas psicosociales: de los cuales el 7,6% tuvo agresividad directa, 8,9% agresividad indirecta, 7,9% hiperactividad/déficit de atención y 10,8% depresión/ansiedad, por su parte se encontró también que el 70,5% de los escolares puntuaron mediano o alto en prosocialidad. Además se halló que los niños tenían porcentajes más altos en agresividad directa (10,7%), hiperactividad/déficit de atención (12,5%) y baja prosocialidad (34,5%) con respecto a las niñas ( $p < 0,05$ ). También encontraron diferencias según el grado escolar, puntuando más alto en agresividad, baja prosocialidad, y bajo desempeño escolar en los de primero de primaria, y mayor grado de depresión y ansiedad en los de segundo grado.

En un estudio hecho por Sandoval (2001) se hizo un análisis de los datos recogidos en una encuesta sobre las variables en el contexto (escuela, familias) realizada por la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín a 2.442 niños estudiantes que participaron en el programa de Prevención Temprana de la Violencia, y sobre los resultados obtenidos en la aplicación del instrumento COPRAG en una muestra de 1.278 formularios de 52 instituciones educativas. Evaluaron entonces síntomas de agresión física, agresión indirecta, prosocialidad y trastornos de hiperactividad con déficit de atención. Se encontró en este estudio una vez más que las niñas son más prosociales que los niños, en comportamiento agresivo directo se da al contrario, la convivencia con el

núcleo familiar resultó ser un factor protector para la agresión física e indirecta y que promueve el desarrollo de conductas prosociales en los niños, el alto desempeño indicó también una alta prosocialidad, pero también un alto desempeño indicó alta agresividad indirecta, sobre todo en niñas más que en niños, se encontró que el TDAH es un factor de riesgo para comportamientos antisociales. En este mismo estudio, Sandoval (2001) afirma que la hostilidad y conflictos familiares entre los padres es un factor de riesgo psicosocial, así como que “la socialización con sujetos desadaptados aumenta el riesgo de problemas de conducta” (Sandoval 2001, p.38).

El programa llamado Medellín Cómo Vamos, que realiza anualmente la encuesta de Percepción Ciudadana, analiza el grado de victimización y denuncia, la percepción de seguridad, convivencia, respeto por la vida, la solidaridad, los ancianos, mujeres y niños, las minorías poblacionales, entre otros. Afirman que:

En Medellín, uno de los mayores problemas frente a la seguridad ciudadana son los homicidios. Históricamente con tasas consideradas entre las más altas del mundo, e incluso casi sin comparación con otras ciudades catalogadas como violentas. En especial el inicio de la década del noventa para Medellín fue crítico, al llegar a tasas de homicidios mayores a 300 por cien mil habitantes. Dicho fenómeno se explica primordialmente por el accionar de grupos al margen de la ley ligados al narcotráfico y actividades conexas que han configurado un problema dinámico y de carácter endémico. (Medellín Cómo vamos, 2014)

Según la Encuesta de Victimización en Hogares 2013, del programa Medellín Cómo Vamos, existe una correlación positiva entre mayor victimización y mayor percepción de inseguridad (Alta Consejería para la Seguridad y la Convivencia, et al, 2013). En 2011 y 2012 en Medellín se mantuvo la victimización en 10%, el porcentaje de percepción de seguridad se mantenía constante; sin embargo en 2012 y 2013 aumentó la victimización del 10% al 13% y se redujo la percepción de seguridad pasando del 54% al 44%.

Con lo anterior, se puede concluir que Medellín se encuentra en un contexto socio-cultural que requiere atención respecto a la comprensión de los comportamientos antisociales y de delincuencia juvenil que favorecen el rechazo y la exclusión de los adolescentes de Medellín, ya que tales variables a largo plazo pueden contribuir al incremento de violencia en las comunas y corregimientos de la ciudad. Al mismo tiempo, al conocer más acerca de estas variables y su contraparte las conductas prosociales, podría

hallarse una posible solución a este problema contribuyendo a la disminución de las conductas antisociales entre los adolescentes y de esta forma promover un mayor bienestar psicológico.

Respecto a lo anterior surgió la siguiente pregunta: ¿cuál es la relación entre la conducta prosocial, la antisocial, el grado escolar y el género en una muestra de adolescentes escolarizados que estén cursando los grados 6°, 7°, 8°, 9°,10°y 11° de instituciones educativas del sector oficial de las comunas 4 y 8 de la ciudad de Medellín durante el año 2015?

La presente investigación pretendió ser un aporte con valor teórico, ya que se pudo conocer el comportamiento y la relación de algunas variables, tales como la conducta prosocial, la antisocial, el género y el grado escolar de los adolescentes escolarizados de la comuna 4 y 8 de Medellín. Además este estudio ofreció la posibilidad de una exploración fructífera de dos fenómenos importantes: las conductas prosociales y las antisociales en los adolescentes, también el resultado de este trabajo puede ser la base para que en una futura investigación se planteen formas eficaces de intervención para potenciar el desarrollo de habilidades positivas, específicamente de la conducta prosocial, en los adolescentes de Medellín.

## Objetivos

### General

Describir la relación entre la conducta prosocial, la antisocial, el grado escolar (6°, 7°, 8°, 9°,10°y 11°) y el género de una muestra de adolescentes pertenecientes a instituciones educativas del sector oficial en las comunas 4 y 8 de la ciudad de Medellín

### Específicos

- Describir la conducta prosocial en los adolescentes de los grados 6°, 7°, 8°, 9°,10°y 11° de instituciones educativas del sector oficial de las comunas 4 y 8 de la zona urbana de Medellín.
- Describir la conducta antisocial en los adolescentes de los grados 6°, 7°, 8°, 9°,10°y 11° de instituciones educativas del sector oficial de las comunas 4 y 8 de la zona urbana de Medellín.

- Comparar la conducta prosocial y antisocial según el género y el grado escolar en los adolescentes de los grados 6°, 7°, 8°, 9°, 10° y 11° de instituciones educativas del sector oficial de las comunas 4 y 8 de la zona urbana de Medellín.

## Metodología

La presente investigación fue de corte transversal, con un diseño no experimental, de nivel correlacional, con un enfoque empírico-analítico.

### Población:

La población para esta investigación se definió de la siguiente manera: los adolescentes matriculados en instituciones educativas del sector oficial de la zona urbana de Medellín, que estén cursando los grados 6°, 7°, 8°, 9°, 10° y 11°.

Según el anuario estadístico de Antioquia de 2012, en la zona urbana de Medellín hay matriculadas en instituciones educativas del sector oficial -no privado-, en básica secundaria: 34.261 personas en el grado 6° de bachillerato, 29.476 en el grado 7°, 26.409 en el grado 8°, 23.736 en el grado 9°; y en nivel media hay matriculadas: 22.712 personas en el grado 10° y 19.968 personas en el grado 11°. En total tal población es de 156.562 personas.

### Muestra:

El programa Raosoft sirve para calcular el tamaño de la muestra, de forma que con una población de 156.562 personas; un margen de error del 5 %, es decir la cantidad de error que se puede tolerar, o en otras palabras, las observaciones o resultados derivados de la investigación en curso pueden deberse al azar en hasta un 5 % de los casos; con un 95% de nivel de confianza, es decir el porcentaje de seguridad que existe para generalizar los resultados obtenidos, ya que es prácticamente imposible un estudio de todos los casos, entonces por ello el porcentaje de confianza no es 100%; y finalmente con una variabilidad es del 50%, es decir la probabilidad con que se acepta o no la hipótesis que se va a investigar, el tamaño recomendado para la muestra es de 384 unidades, para que se mantengan las condiciones aceptadas para la generalización (confiabilidad, variabilidad y error). El tamaño n de la muestra y el margen de error E se calculan así:

$$x=Z(c/100)^2r(100-r)$$

$$n = \frac{N \cdot x}{((N-1)E^2 + x)}$$

$$E = \text{Sqrt}\left[\frac{(N-n)x}{n(N-1)}\right]$$

Donde N es el tamaño de la población, r es la variabilidad positiva del interés para esta investigación, y  $Z_{(c/100)}$  es el valor crítico para el nivel de confianza C. Este cálculo se basa en la Distribución Normal.

Entonces la muestra será de 384 estudiantes escolarizados en los grados de 6° a 11°, pertenecientes a instituciones educativas del sector oficial de la zona urbana de Medellín.

#### Variables:

Las variables son la conducta prosocial, la conducta antisocial, el grado escolar (6°, 7°, 8°, 9°, 10° y 11°) y el género (femenino y masculino).

Tabla I. Operacionalización

Nombre de variable	Nivel de medición	Categorización
Conducta prosocial	Ordinal	0, 1 y 2
Conducta antisocial	Ordinal	0, 1 y 2
Grado escolar	Escalar	1, 2, 3, 4, 5 y 6
Género	Nominal	1 y 2

#### Instrumentos:

Se aplicó el siguiente instrumento:

*Actitudes y Estrategias Cognitivas Sociales (AECS)* (Moraleda, González & García, 1998). El cual se compone de cuatro factores que son competencia social de los adolescentes (p. ej., Conformidad, Sensibilidad social, Ayuda y colaboración, Agresividad, Ansiedad, Liderazgo o Timidez), estilo cognitivo (p. ej., Impulsividad o Independencia de campo), percepción social (p. ej., Percepción de las relaciones sociales o Percepción de sus padres) y estrategias para resolver problemas sociales (p. ej., Búsqueda de alternativas o Elección de medios). Por medio de 137 elementos agrupados en 19 escalas que permiten valorar los componentes actitudinales y cognitivos de los adolescentes en sus relaciones

sociales. Tiene una consistencia interna confiable, con un resultado de 0,86 en Alfa de Cronbach.

#### Plan de recolección y análisis de la información:

Se aplicó el instrumento escogido en 384 adolescentes estudiantes de instituciones educativas del sector oficial de las comunas 4-Aranjuez de la zona nororiental de Medellín y 8-Villa Hermosa de la zona centro oriental de dicha ciudad.

Se realizó un análisis estadístico descriptivo de los datos recogidos y las correlaciones por medio del programa SPSS, luego realizó una interpretación de los resultados obtenidos.

#### Marco Teórico

##### 1. La conducta prosocial

La conducta prosocial se relaciona con diversos factores que influyen considerablemente en el fomento de las habilidades positivas, algunos de estos factores son dar consuelo, dar ayuda, ser altruista, compartir, dar asistencia, cooperar y ser solidario (Moñivas, 1996).

Las conductas prosociales han sido estudiadas desde varios enfoques, Garaigordobil (2003) define los siguientes:

Uno de ellos es la perspectiva psicoanalítica, que propone que la prosocialidad se da a causa de sentimientos de culpa y del instinto, es decir, surge para evitar sentir culpabilidad, para solucionar una lucha interna, para contrarrestar la ansiedad, o como un mecanismo defensivo en que se expresa lo contrario a lo que en realidad se siente, es decir una formación reactiva que encubre agresividad. (Freud A., 1936; Freud S., 1920 citados por Garaigordobil 2003). Por su parte para Erikson (1980), la moral depende de las normas internalizables, según él las conductas están guiadas por el principio del placer en la infancia, luego tras el surgimiento del superyó se da un fortalecimiento del yo y en la adolescencia comienzan a importar más las opiniones de las otras personas.

Otra teoría es la etológica sociobiológica, la cual surge a partir de la teoría de la evolución de Charles Darwin, el término de “selección familiar”, consiste en que los padres se sacrifican por las crías para que sobrevivan, en defensa del propio grupo, comprendiendo esto como la defensa de sí mismo. Buck y Ginsburg (1991) citado por Garaigordobil (2003,

p.45) definen el altruismo como el producto de la comunicación espontánea, es decir aquella comunicación que en contraposición a lo simbólico, es “no intencional, no sujeta a análisis lógicos, como comunicación afectiva acerca de sentimientos, deseos, emociones o motivos”, y de esta proceden los afectos prosociales. El altruismo es definido por Wilson (1975/1980) citado por Garaigordobil (2003, p.45) como aquella “reducción de la aptitud genética personal en vistas a la mejora de la aptitud genética personal de otros”.

El enfoque cognitivo-evolutivo, se basa en las fases evolutivas de la moral de Piaget de la heteronomía a la autonomía; los estadios de desarrollo moral de Kohlberg; los niveles de razonamiento prosocial de Eisenberg, Lenon y Roth (1983) citado por Garaigordobil (2003) que a diferencia de Kohlberg, no son universales ni irreversibles. Kohlberg y Candee (1984) citado por Garaigordobil (2003) evidenciaron que mientras más elevado es el razonamiento moral, más aumenta la posibilidad de que se desarrollen conductas de ayuda.

Finalmente las teorías del aprendizaje proponen que las conductas prosociales pueden promoverse a partir del aprendizaje clásico y operante, y una tercera forma a través del aprendizaje social de Bandura (1966). Según Grusec (1991) citado por Garaigordobil (2003), la prosocialidad y las conductas antisociales logran promoverse o extinguirse mediante la utilización de premios y castigos por parte de los padres, de igual forma Smith et al., (1979), citado por Garaigordobil (2003), encontró en un estudio sobre las recompensas materiales y el refuerzo social, que cuando los adolescentes son premiados materialmente por realizar un acto prosocial, sienten gratificación, pero tienden a atribuir su conducta a motivos externos, en cambio cuando reciben aceptación social, atribuyen su conducta a motivos internos, y de esta forma se estimula el altruismo.

La conducta prosocial ha sido estudiada en las últimas décadas en diversas investigaciones que se han enfocado en primer lugar en el estudio del surgimiento y la evolución histórica del concepto; y en segundo lugar sobre soluciones y aplicaciones de programas de intervención (Molero, Candela & Cortés, 1999).

## Autores y teorías acerca de la conducta prosocial

Dentro de la psicología se ha estudiado ampliamente la influencia de la motivación y el contexto en la conducta prosocial (Batson, 1990; Wentzel, 1994, citados por Redondo, Ingles & García 2014).

Por ejemplo, los valores y comportamientos relacionados con los comportamientos socialmente responsables facilitan el aprendizaje escolar y el desarrollo intelectual de los estudiantes (Wentzel, 1989, 1991, 1993; Gutiérrez, Escartí & Pascual, 2011), de modo que hay una conexión entre los dominios académico y social, esta es motivacional. Específicamente, la conducta socialmente responsable apoyada por las metas, emociones, creencias de control personal, facilitan el apego hacia la escuela y el esfuerzo en las tareas escolares (Ford, 1996; Inglés et al., 2011).

Según los estudios de Weiner (2005), Wentzel (2004), entre otros, existe un paralelismo entre el contexto académico y social, de modo que los estudiantes prosociales se responsabilizan más de sus éxitos y fracasos académicos en matemáticas y lenguaje, que aquellos que no son prosociales, e igualmente sucede en el contexto social.

En cuanto a las causas, según Roche (1995), los estudiantes pueden tener comportamientos prosociales pre-establecidos por el contacto directo con entes sociales o por imitación, también afirma que las conductas prosociales se enseñan y requieren del ejercicio y reflexión para ser fomentadas y potenciadas.

A partir de los estudios realizados por Velásquez y otros (2004) se evidenció que los estudiantes que tenían mayor participación social manifestaban una mayor actitud prosocial, así mismo Coleman (1988) encontró que la participación de las personas en actividades de bien común contribuye a la formación de capital social.

Se encontró también que **factores estructurales** de la personalidad tales como la amistad y conciencia tienen un gran peso en las conductas prosociales y en la capacidad de empatizar y cooperar ante las necesidades de otros, también la aptitud de auto-regulación y auto-organización de la conducta se relaciona con la prosocialidad (Barrio et al., 2004).

Mestre y otros (2002) observaron que la empatía tiene una función de modular la conducta prosocial y la agresiva, al facilitar la prosocialidad e inhibir la agresividad. En otra investigación del mismo autor (Mestre et al., 2002; 2004) se replantea esto, encontrando que los estilos de crianza de los padres ocupan un segundo lugar en el perfil diferencial



entre sujetos con alta y baja prosocialidad, siguiendo a las **variables** personales, y son desplazados por los procesos emocionales en la predicción del comportamiento agresivo.

Eisenberg et al (2006) y Wentzel (2005) proponen la importancia de las conductas prosociales, ya que afirman que estas pueden actuar con un efecto inhibitorio sobre los comportamientos sociales negativos, tales como la agresividad, o el retraimiento social, transformándose en un factor clave para la promoción de la **competencia social y académica en la escuela**.

Hay una relación significativa entre la conducta prosocial y distintas variables **psicoeducativas** tales como el rendimiento escolar (Inglés, Benavides et al., 2009; Wentzel, 2003) y auto-eficacia académica (Bandura, Caprara, Barbaranelli, Gerbino & Pastorelli, 2003).

En el mismo contexto escolar, Wentzel y Asher (1995), encontraron que la percepción de los iguales sobre las conductas prosociales de los compañeros de clase, se relacionan de forma positiva con altos niveles de motivación **académica**.

Gilman y Anderman (2006) y Wentzel y Asher (1995), encontraron que los comportamientos prosociales de los adolescentes valorada por sus iguales, se relacionó de forma positiva y significativa con altos niveles de motivación intrínseca. De forma contraria, los adolescentes con baja motivación intrínseca fueron valorados por sus iguales como más propensos a empezar peleas y no tan interesados por ayudar a otros o realizar adecuadamente sus tareas **escolares**.

Del mismo modo, Wentzel (2005) encontró que la conducta prosocial se relaciona de forma positiva y significativa con las metas de logro o rendimiento, de forma que actúa como variable mediadora entre la competencia social con los iguales y los logros académicos, contribuyendo a la mejora de ambos dominios y como un predictor positivo y estadísticamente significativo del **éxito académico**, el cual también es un predictor positivo y estadísticamente significativo de la conducta prosocial (Inglés, Benavides et al., 2009).

Por su parte, Wentzel (2005), encontró que los estudiantes con éxito académico tienen tanto metas académicas (de aprendizaje y logro) como sociales (comportamiento prosocial y socialmente responsable).

Los estudiantes prosociales tienden a ser empáticos, cooperativos, no competitivos, socialmente competentes, responsables hacia los demás, tienen más amigos y son más

aceptados y populares entre los iguales y profesores (Inglés et al., 2010; Wentzel, 2005). Por su parte, los estudiantes que esperan obtener un refuerzo y un reconocimiento social son aquellos que desarrollan más bajos niveles de conducta prosocial hacia sus iguales, esto se explica porque las personas que tienen altas **metas de refuerzo social** están muy preocupadas por su propia imagen personal ante los demás, mientras que quienes muestran un alto nivel de prosocialidad hacia los iguales, están más preocupados por ayudar a los demás que en pensar en su propia imagen, serían el prototipo de altruistas. Así, la preocupación por uno mismo estaría frente a la preocupación por las demás personas.

Se ha encontrado que en varias investigaciones (McMahon, Wernsman & Parnes, 2006) que hay una relación muy significativa entre **la empatía** y las conductas prosociales, lo que sugiere que al desarrollar la empatía se aumenta los comportamientos de ayuda y disminuyen las conductas antisociales como la agresividad.

Un aspecto importante **del desarrollo positivo** es el comportamiento prosocial (Benson et al., 2006; Catalano, Berglund, Ryan, Lonczak & Hawkins, 2004).

La capacidad para tener un control de las emociones (**autocontrol**) juega un papel importante en los comportamientos de ayuda (Eisenberg et al., 2005).

Las creencias que un individuo tiene acerca de su **autoeficacia** social permiten la conexión social, amistad, cooperación y comportamientos prosociales (Bandura, Caprara, Barbaranelli, Gerbino & Pastorelli, 2003; Caprara & Steca, 2005). Igualmente se encontró que en los adolescentes hay una relación directa entre conducta antisocial y autoeficacia autorreguladora, de forma que a menor autoeficacia mayor agresividad y comportamiento antisocial (Bandura, 2006).

Una autora importante que habla acerca de las conductas prosociales es Maite Garaigordobil Landazabal, quien afirma que las **conductas prosociales** se asemejan a las habilidades mentalistas (Garaigordobil, 1995).

En cuanto a los factores que inciden en las conductas prosociales, tanto Garaigodobil (1996) como Eisenberg y Musen (1989), Carlo y otros (1999) afirman que el **desarrollo prosocial** es una cuestión compleja que depende de varios factores que se interrelacionan, tales como la cultura, el contexto familiar, escolar, factores cognitivos, afectivos, de sociabilidad, etc. Por otro lado, Riviere y Núñez (1996), afirman que las conductas

prosociales también se relacionan de una manera interdependiente con un componente intelectual.

En estudios realizados por López y colaboradores (1998), se encontró que en los niños y niñas en edad preescolar, la calidad del vínculo con la madre es de suprema importancia para predecir si tendrán **conductas prosociales**, otra variable importante en esa edad es la empatía.

Según los resultados encontrados por Eisenberg y Strayer (1992), una alta **empatía** se asocia con un alto nivel de comportamientos prosociales, también las prácticas estructuradas promueven la aceptación de roles y una mejor percepción de las emociones ajenas, lo cual hace posible que las personas manifiesten actitudes de ayuda y de compartir. Los comportamientos prosociales tienen un fundamento empático, que consiste en la posibilidad de ponerse en el lugar de las otras personas, permitiéndose entender las actitudes y estados mentales ajenos, al mismo tiempo esto tiene una gran relación con las habilidades mentalistas, gracias a las cuales se puede atribuir mente a los demás; ambos conceptos tienen en común el ponerse en el lugar del otro, así mismo sucede con las conductas prosociales, para las cuales es necesario colocarse en la situación del otro, es decir, tienen una base empática que las convierte en altruistas, ya que hay un sacrificio personal por un bien colectivo dándose prioridad a la ayuda al otro.

**Empatía** se refiere al intento de una persona consciente de sí misma por entender, sin juzgamientos, las experiencias positivas y negativas de otra persona. Este concepto se relaciona con la condición de ponerse en el lugar del otro y entender sus actitudes y estados mentales, lo cual se relaciona bastante con las habilidades mentalistas que llevan a asignar creencias, deseos, emociones e intenciones a demás. Por otro lado la empatía es la base e influencia para las conductas prosociales.

La empatía se asemeja y se relaciona directamente con las **habilidades mentalistas**, las cuales según Watson y colaboradores (1999), son la capacidad humana para atribuir a las otras personas estados mentales, algo que se asemeja a lo que es la empatía o la capacidad para ponerse en el lugar de alguien más.

Las **habilidades mentalistas** son las posibilidades que tienen las personas para atribuir estados mentales a otros seres, es decir, deseos, creencias, emociones, intenciones y por ende la capacidad de ponerse en su lugar, lo que es también empatizar.

De igual importancia, el punto de vista del constructo de responsabilidad personal y social propuesto por Hellison (1985,2003) la responsabilidad es un factor importante para el **desarrollo positivo**, que tiene como meta fundamental permitir que los infantes y jóvenes que corren el peligro de ser rechazados socialmente puedan llegar a tener un desarrollo de sus capacidades personales, sociales y de su responsabilidad en todos los ámbitos de la vida. Entendiéndose desde esta perspectiva, la responsabilidad como un cargo u obligación moral respecto a uno mismo y los demás. Hay varios niveles de responsabilidad que los jóvenes y niños han de aprender para adaptarse y ser eficientes en el entorno social, tales son: 1. Respeto por los derechos y sentimientos de los demás, que incluye conductas de ponerse en el lugar del otro y autocontrol; 2. Participación y esfuerzo; 3. Autonomía; 4. Ayuda a los demás; 5. Transferencia aplicando los comportamientos de responsabilidad aprendidos en el programa, a otros contextos (Cecchini, Montero & Peña, 2003; Escartí, Pascual & Gutiérrez, 2005).

## 2. Conducta antisocial

Existen dos tipos de conductas prosociales, aquellas que tienen un beneficio para ambas partes implicadas y las que benefician solo a una de las partes. Gadorgordobil, define la conducta prosocial como "toda conducta social positiva que se realiza para beneficiar a otro con/sin motivación altruista" (Gadorgordobil, 2005, p.44)

Las conductas antisociales han sido estudiadas desde varios enfoques como el psicobiológico y el psicosocial.

Las teorías evolucionistas afirman que existe una marcada disparidad entre el sexo femenino y el masculino. Los hombres presentan más agresión física, y las mujeres más agresión verbal. También plantea que los hombres presentan mayor impulsividad y hostilidad que las mujeres.

Por su parte la teoría de tres dimensiones de la personalidad que plantea Cloninger, afirma que dichas dimensiones están genéticamente determinadas, y son: buscar innovación, eludir el perjuicio o sufrimiento y la sujeción a la gratificación.

Otra es la teoría explicativa de la personalidad delictiva de Eysenck, que afirma que los comportamientos que transgreden las leyes sociales derivan del hedonismo, explica que gracias al condicionamiento clásico se puede enseñar a las personas a contener la

inclinación a quebrantar las normas y se puede evadir dichas conductas. Este autor propone que las personas introvertidas (que son más discretas, sosegadas, tranquilas y honradas), presentan más facilidad para tener conductas convencionales; mientras que las personas extravertidas (sociables, irritables, fogosas, impetuosas, exaltadas, descuidadas y violentas) son más predispuestas a comportarse contra las normas. También plantea otras dos dimensiones: el neuroticismo caracterizado por una aprehensión, una inseguridad afectiva y un desasociado; y el psicoticismo; ambas deben puntuar alto junto con extroversión para que se den las conductas antisociales.

Más adelante este enfoque comenzó a abarcar también lo contextual, en el modelo biopsicosocial de Eysenck.

El modelo de la personalidad antisocial de Lykken propone que para que las conductas sean acordes a la normatividad, debe haber dos factores: primero, unas costumbres formativas en las que los cuidadores castiguen los comportamientos transgresores de las normas y premien los alternativos; segundo que hayan sido heredadas ciertas propiedades psicológicas y físicas que interfieren en el proceso de la captación de las normas. Lykken (1995) define dos clases de infractores: los sociópatas, quienes abundan más entre quienes presentan conductas antisociales y se constituyen por una educación deficiente por parte de los padres, y los psicópatas quienes tienen una configuración psicobiológica que les dificulta la socialización, aun teniendo padres hábiles y capacitados. Tal configuración deficiente, tiene ciertas características, por ejemplo ser irreflexivo, querer búsqueda de peligro, la violencia y agresividad y la ausencia de temor. Mientras que lo que permite la socialización son los castigos de las conductas desviadas, que producirá miedo a realizar las conductas que atentan contra las normas.

La teoría taxonómica de Moffitt, plantea que existe una relación entre la edad y la delincuencia, dice que las conductas delictivas aparecen en gran medida en la adolescencia. Este autor explica que hay delincuentes que tienen una delincuencia “persistente”, y otros cuya delincuencia es “limitada a la adolescencia”, en la primera se combinan ciertas características personales o socio-biológicas tales como déficits neurológicos, problemas perinatales y factores genéticos.

## Autores y teorías de la conducta antisocial

Ahora bien, según la perspectiva del **proceso de socialización**, hombres y mujeres tienen patrones distintos de desarrollo social (Osborn & Harris, 1975), de modo que los varones presentan aserción negativa, iniciativa en las relaciones con las mujeres, y unas conductas competitivas/agresivas, mientras que las mujeres anteponen las necesidades ajenas, ceden a la iniciativa del género opuesto, reservan sus opiniones e inhiben sus deseos por deferencia a los demás. De esta forma los clichés sexuales y las pautas educativas causan diferencias en el proceso de socialización de ambos géneros (Merrell & Gimpel 1998). Sin embargo, este tipo de estereotipos ha cambiado en los últimos años, dadas las incursiones de las mujeres en el ámbito político, económico, social, religioso, entre otros, y a los derechos que las mujeres revolucionarias y feministas han logrado obtener para la igualdad de género que impera en la actualidad, por ejemplo el derecho al voto, al estudio, al trabajo, por lo cual esta teoría debe reevaluarse.

Zahn-Waxler, Radke-Yarrow, Wagner, y Chapman, (1992), proponían que existía una predisposición innata para la empatía en las mujeres, que las preparaba para el rol de cuidadoras desde edades tempranas, llevándolas a mayores niveles de comportamientos prosociales. Según Eisenberg y Fabes, (1998) las mujeres tienen una mayor internalización de estructuras sociocognitivas prosociales, y según Kochanska, Murray y Coy (1997), tienen un control inhibitorio más elevado de la respuesta emocional por ende de la agresividad. Según esto, los estereotipos sexuales y las pautas de crianza originan diferencias en el proceso de socialización en ambos géneros (Marrell & Gimpel, 1998; Ortiz et al. 2011).

Sin embargo, esto puede considerarse una forma de sexismo, al respecto un fragmento de un artículo publicado por Gallardo y Escolano (2009):

Existen diferentes formas de sexismo: manifiesto u hostil, benévolo, y neosexismo. A continuación daremos una pequeña explicación de cada una de estas, (1) Manifiesto u hostil (también llamado clásico o viejo): se entiende una actitud de prejuicio o conducta discriminatoria basada en la supuesta inferioridad o diferencia de las mujeres como grupo. Por ejemplo: - Las mujeres son más débiles e inferiores que los hombres, no son personas

adultas totalmente competentes y necesitan de la figura masculina (paternalismo gobernador). - Las mujeres son diferentes y no poseen las características necesarias para gobernar las instituciones sociales, su ámbito es la familia y el hogar. Hombres y mujeres ocupan ámbitos diferentes, siendo los de los hombres de mayor estatus y prestigio (diferencia de género competitiva). - Las mujeres, debido a su poder sexual, son peligrosas y manipuladoras con los hombres (la hostilidad heterosexual). (2) Benévolo: Conjunto de actitudes interrelacionadas hacia las mujeres considerándolas de forma estereotipada y limitadas a ciertos roles (madre, esposa), pero que tiene un tono afectivo positivo para el receptor, y tiende a suscitar en esta, conductas habitualmente consideradas prosociales (por ejemplo, ayuda) o de búsqueda de intimidad (por ejemplo, revelación de uno mismo). Neosexismo: Conjunto de creencias, relacionadas especialmente con el campo organizacional y laboral, y cada vez más extendido en los países desarrollados, según las cuales la discriminación hacia la mujer ya no es un problema, las mujeres están presionando demasiado y mucho de sus logros recientes son inmerecidos. Por ejemplo: aquellos varones que perciben amenazados los intereses colectivos de los hombres ante las medidas de "acción positiva" para las mujeres, así creen inmerecidos muchos de los logros recientes de estas. El sexismo es el caldo de cultivo de la homofobia y de la transfobia. Implica una distribución de papeles entre el hombre y la mujer basada en la norma tradicionalista. Así, si un individuo actúa siguiendo un papel que le está reservado desde el punto de vista tradicional, entonces será víctima del rechazo. (Gallardo & Escolano, 2009, p. 21)

El cambio histórico y cultural que ha ocurrido en los últimos veinte años en Colombia, respecto a los derechos de la mujer, tales como el derecho al trabajo, al voto y a la educación, además de la reciente incursión de la mujer en el ámbito de la política o en el gobierno de las instituciones, permiten cuestionar si aquellos estudios que afirmaban que las mujeres son más propensas a la prosocialidad y los hombres a la agresión, pueden además de generalizarse aplicarse al tiempo actual de la misma forma que antaño. Otras dudas que surgen respecto a los géneros como el transexual, transgénero, homosexual,

bisexual, entre otros. No yendo a extremos, los roles de cuidador que han sido adoptados por padres, en ausencia de las madres que dedican su tiempo al estudio o al trabajo, permiten preguntarse si aquellas conductas antes pertenecientes solo al género femenino, podrían permitir un mayor desarrollo de empatía y prosocialidad en hombres que en mujeres. Para nuevos estudios podría investigarse si en los casos de las personas transexuales y transgénero se conservan las características en su forma de comportarse socialmente de su género inicial, o asumen y aprenden nuevas formas de relacionarse con los demás a partir de lo que se supone quieren asumir, lo cual a su vez puede dirigir hacia una duda aun más general, ¿es la predisposición a la prosocialidad y la empatía algo realmente innato o puede ser aprendido?, ¿es la prosocialidad algo biológico u hormonal o también socio-cultural y de aprendizaje?

Podría ser que las dosis hormonales que obtienen las personas transexuales en su tratamiento para cambiar de sexo, cree cambios en la forma de comportarse socialmente. Esta hipótesis podría sostenerse por la teoría hormonal de Susman, Nottelmann, Inoff-Germain y Dorn, (1987) quienes afirman que los cambios hormonales influyen de forma significativa el aumento de la **agresividad** y la irritabilidad en los adolescentes varones, lo cual inhibe su tendencia a actuar de forma prosocial.

A partir de la teoría fenomenológica Zegers (1991) plantea que no hay evidencia total de que la **agresividad** en el ser humano es instintiva, sin embargo se puede afirmar que anatómica y fisiológicamente, se intenta, mediante la manifestación de conductas agresivas, la preservación de la propia vida y de la especie.

Otro punto de vista, es el de la teoría de Malker, propone que la prevalencia de **conducta antisocial** se da más en contextos socioculturales de bajos recursos, plantea que la pobreza y la falta de oportunidades a participar económicamente, se da una inhibición del potencial humano y en consecuencia se ven perjudicadas las personas que pertenecen a las clases sociales bajas (Vásquez, 2004), dichas condiciones exponen a las personas a situaciones desagradables que concluyen en frustraciones, que generan al mismo tiempo conductas hostiles y formas inadecuadas de responder al medio.

Además está el modelo de cascada/escalada en el desarrollo (Hawley, 2003; Masten & Cicchetti, 2010) e historia natural del **delito** (Moffitt, 1993) que asocia los problemas de conducta con el nivel de desarrollo de competencia cognitiva y comportamental. Mientras



que los modelos de RiskNeed-Responsability (RNR) e Integrated Differential Interception Model (IDIM) hablan de factores de riesgo que inciden en formas de comportamientos problemáticos, para lo cual proponen como intervención subsanar los déficit en habilidades, cogniciones y emociones y un ajuste a las necesidades de las personas (Andrews & Bonta, 2010; Fréchette & LeBlanc, 1987).

Así mismo diversos autores, han notado la semejanza entre los estilos atribucionales en el área social y académica (Diener & Dweck, 1978; Dweck, 1975; Ford, 1996; Goetz & Dweck, 1980; Weiner, 1986, 2000) indicándose que en ambos contextos, el académico y el social, los estudiantes que asumen que sus fracasos académicos y rechazos sociales son causa de su falta de capacidades para ello por lo que suelen abandonar el esfuerzo y la persistencia hacia el éxito en vez de intentar minimizar el fracaso. Al contrario, los que se enfocan en su esfuerzo y otros factores controladores suelen demostrar mayor persistencia tanto en situaciones sociales como académicas.

De igual forma otros autores (Dodge, 1980; Dodge & Fram, 1982; Erdley & Asher, 1993) han estudiado como influye en los niños agresivos la atribución de hostilidad hacia sus iguales, también en situaciones accidentales, de modo que abandonan metas prosociales y adoptan metas de represalias y venganzas.

En más estudios sobre el comportamiento de los niños en la escuela, se encontró que el fracaso escolar predice significativamente la conducta agresiva (Martens & Witt, 2004) e igualmente la conducta antisocial predice el fracaso escolar (Chen, Chen & Kaspar, 2001; Chen, Rubin, Li & Li, 2001; Raine et al., 2006; Vandiver, 2001).

### 3. La adolescencia

La adolescencia es el paso que hay de la niñez a la adultez, en esta etapa suceden unas transformaciones a nivel cognitivo, psicosocial y físico. La adolescencia comienza a los 11 o 12 años y termina a los 19 o 20 años. Las principales preocupaciones acerca de la salud en esta etapa son: la condición física, las necesidades del sueño, los trastornos alimenticios, el abuso de drogas, la depresión y las causas de muerte en adolescencia.

La adolescencia es una etapa de transición de la vida humana que tiene un papel importante en el desarrollo de la personalidad, se caracteriza por el abandono del mundo infantil y por

la búsqueda de un espacio psicológico y social en el mundo adulto (Alarcón, Vinet & Salvo, 2005), es también una etapa evolutiva que se caracteriza por transformaciones tanto en el desarrollo mental, físico, emocional, como en la forma de relacionarse con las otras personas, lo cual produce sentimientos contradictorios y ambivalentes en cuanto al periodo de buscar equilibrio consigo y con los demás.

Según Inglés (2007), en la adolescencia se pasa por un periodo en el cual se es moldeable la influencia de los modelos sociales y de los entornos de vida. Además, Siverio y García (2007) plantean que el inicio de la adolescencia, también llamada adolescencia temprana es un tiempo de perturbaciones temporales en distintas áreas, por lo cual los adolescentes tienen la autopercepción de que son más inadaptados que los niños y adultos.

De igual modo, como en el periodo de la adolescencia se dan bastantes cambios en los ámbitos biopsicosocial, algunos adolescentes pasan exitosamente esta etapa, pero otros hallan numerosas dificultades (Carlo, Fabes, Laible & Kupanoff, 1999).

Según varios autores, este periodo de la vida no se concibe como una etapa disruptiva y tormentosa, al contrario es un tiempo de aprendizaje y oportunidades (Benson, 2003; Benson, Scales, Hamilton y Sesma, 2006; Lerner, 2004), esto desde la perspectiva del desarrollo positivo de los jóvenes, conocida en sus siglas por PYD, la cual tiene sus bases en la teoría de la psicología positiva (Seligman y Csikszentmihaly, 2000) y en el marco teórico de los sistemas del desarrollo humano (Gestsdottir y Lerner, 2008; Lerner et al., 2005; Lerner, Schwartz y Phelps, 2009). Desde este punto de vista se plantea que un proceso de transición en el ciclo vital con una salud psicológica es el resultado de obtener aprendizajes en distintas habilidades y competencias de utilidad para la vida y de un entorno adecuado que brinde seguridad y cuidado.

Sin embargo, según otros autores, en la adolescencia aumenta las dificultades como el comportamiento antisocial, la agresividad, maltrato, violencia, consumo de drogas, entre otras. Lykken (2000) afirma que la criminalidad según la edad, ocurre con mayor frecuencia en esta etapa de la vida, en otras palabras, en este periodo se es más vulnerable a las conductas antisociales.

El código de la Infancia y la Adolescencia decretado por el congreso de Colombia en noviembre 8 del 2006, “tiene por finalidad garantizar a los niños, a las niñas y a los adolescentes su pleno y armonioso desarrollo para que crezcan en el seno de la familia y de

la comunidad, en un ambiente de felicidad, amor y comprensión. Prevalecerá el reconocimiento a la igualdad y la dignidad humana, sin discriminación alguna” (Código de la Infancia y la Adolescencia, Artículo 1), que “tiene por objeto establecer normas sustantivas y procesales para la protección integral de los niños, las niñas y los adolescentes, garantizar el ejercicio de sus derechos y libertades consagrados en los instrumentos internacionales de Derechos Humanos, en la Constitución Política y en las leyes, así como su restablecimiento. Dicha garantía y protección será obligación de la familia, la sociedad y el Estado” (Código de la Infancia y la Adolescencia, Artículo 2), tiene por “sujetos titulares de derechos todas las personas menores de 18 años. Sin perjuicio de lo establecido en el artículo 34 del Código Civil, se entiende por niño o niña las personas entre los 0 y los 12 años, y por adolescente las personas entre 12 y 18 años de edad.” (Código de la Infancia y la Adolescencia, Artículo 3).

De otro lado, según Carlo, Fabes, Laible y Kupanoff (1999) **los adolescentes** pasan en esa etapa de la vida por transformaciones biopsicosociales, en algunos casos las logran atravesar exitosamente, otras veces no tanto.

La **adolescencia** ha sido estudiada por los teóricos del **desarrollo positivo** de los jóvenes (PYD) quienes se basan en la psicología positiva (Seligman & Csikszentmihaly, 2000) y los sistemas del desarrollo humano propuestos por Gestsdottir y Lerner, (2008); Lerner et al., (2005); Lerner, Schwartz y Phelps, (2009). Desde esta perspectiva se propone que la **salud mental** se da aprendiendo habilidades y competencias útiles para la vida, sumado a la posibilidad de estar en un entorno que provea apoyo, cuidados y seguridad.

#### [Autores y teorías en el tema de adolescencia](#)

Jessor (1988), plantea que quizás los **motivos** por los cuales se deteriora transitoriamente el estilo de vida de los adolescentes sean la necesidad de experimentar cosas nuevas para obtener la aceptación de los iguales, y adquirir un mayor campo de autonomía en las relaciones con sus padres, o repudiar la autoridad convencional. Esto se reafirma con lo que proponen Rodrigo et al. (2004) acerca de que los adolescentes pasan por una necesidad de **afiliarse al grupo de iguales**, lo cual es menester para desarrollarse evolutivamente; además, la razón por la cual se da esta afiliación al grupo de iguales cambia en las distintas etapas del ciclo evolutivo.

En un meta-análisis realizado por Laursen, Coy y Collins (1998) sobre un gran número de investigaciones que estudian los conflictos familiares en la adolescencia, encontraron que desde la pubertad hay una correlación negativa entre edad y número de conflictos entre padres e hijos.

Otros autores, como Mayselless, Wiseman y Hai, (1998); Rice y Mulkeen, (1995) afirman que en realidad los adolescentes no se alejan de sus padres, sino que requieren un mas fuerte apoyo de estos, lo cual da como resultado una mayor cercanía entre ellos. Smetana (1989) dice que incluso, tal vez los jóvenes al ir creciendo sienten la necesidad de ponerse en el lugar de los padres al acercarse a la adultez. Muchos otros autores plantean que es equivocado pensar que los adolescentes requieren tener menos cercanía con los padres para estar más con sus iguales (Rice, 1997), sino que no hay una competencia entre iguales y padres, son figuras que representan influencia en el desarrollo del adolescente, y que se complementan entre sí (Clark-Lempers, Lempers & Ho, 1991; Lempers & Clark-Lempers, 1992).

Es muy importante la relación con los iguales, ya que permite a los adolescentes comprenderse a sí mismos y a los demás, esto se da gracias que tienden a madurar cognitivamente dedicar tiempo a hablar de sí mismos, lo cual causa que en las amistades con sus pares se vean la reciprocidad y apoyo mutuo (Volling, Youngblade & Blesky, 1997).

Así mismo se da una expansión de redes extrafamiliares, de tal forma que los jóvenes adolescentes comienzan a asistir a situaciones sociales nuevas tales como fiestas, bares, oficinas públicas, establecimientos comerciales, entre otros sitios, donde entran en contacto con personas que no conocen (Flores & Diaz, 1995), según otros autores, además surgen mas relaciones con personas del mismo sexo (Buhrmester & Furman, 1992; Mayselless, Wiseman & Hai, 1998) y el inicio de relaciones amorosas con personas del sexo contrario (Bracken & Crain, 1994; Furman & Buhrmester, 1992).

Otra importancia de las relaciones con los iguales en la adolescencia, es que estas permiten que se den experiencias muy gratificantes lo cual es algo de suma relevancia para su socialización (Rice, 1997). Según diversos autores, tener amigos es un buen indicador de habilidades interpersonales saludables, y de buen ajuste psicológico (Inglés, Méndez & Hidalgo, 2001; Kimmel & Weiner, 1998; Kupersmidt, Coie & Dodge, 1990).

## Teorías que soportan los instrumentos

El presente proyecto se basó en la implementación del instrumento Actitudes y estrategias Cognitivas Sociales (AECS) de Moraleda, González y García (1998), de allí que sea necesario identificar los aspectos teóricos que lo sustentan.

Este instrumento se compone de cuatro factores que son competencia social de los adolescentes (p. ej., Conformidad, Sensibilidad social, Ayuda y colaboración, Agresividad, Ansiedad, Liderazgo o Timidez), estilo cognitivo (p. ej., Impulsividad o Independencia de campo), percepción social (p. ej., Percepción de las relaciones sociales o Percepción de sus padres) y estrategias para resolver problemas sociales (p. ej., Búsqueda de alternativas o Elección de medios). Por medio de 137 elementos agrupados en 19 escalas que permiten valorar los componentes actitudinales y cognitivos de los adolescentes en sus relaciones sociales. Tiene una consistencia interna confiable, con un resultado de 0,86 en Alfa de Cronbach.

## Análisis De Los Datos

En total fueron 278 personas a quienes se les aplicó la prueba AECS, pertenecientes a las instituciones educativas Gilberto Alzate Avendaño y Juan de la Cruz Posada.

### **En la primera variable: Conformidad con lo que es socialmente correcto (Con)**

Esta escala se refiere a el grado de respeto que se tiene a las normas, un 40.64% de los estudiantes tomados en la muestra obtuvieron un puntaje alto, lo que indica respeto a las normas sociales, incluida la autoridad. Por su parte, un 59.35% de los encuestados sacaron un puntaje bajo en esta variable.

Según Retuerto y Mestre (2005, citado por Plazas, et al. 2010), hay factores del entorno, de las relaciones con los otros y de lo individual que pueden influir negativamente y ser causa de la acciones agresivas contra los demás o contra las normas.

### **En la segunda variable: Sensibilidad social (Sen)**

En esta variable se evalúa el nivel de sintonía que pueden llegar a tener los adolescentes frente a los demás, la valoración que hacen de los otros, la imagen positiva que crean de ellos, la empatía que pueden tener. El 31.29 % de las personas encuestadas puntuó alto en este ítem, es decir que con una alta capacidad de ponerse en el lugar del otro. De otro lado, un 68.70% obtuvieron un bajo puntaje en este ítem.

Hay factores protectores que minimizan la probabilidad de que se den conductas antisociales, por ejemplo la empatía (Retuerto & Mestre 2005, citado por Plazas, *et al.* 2010).

**En la tercera variable: Ayuda y colaboración (Ac)**

Se refiere a la tendencia a la cooperación, a prestar las cosas, compartir, ser colaborador, hallar soluciones con otras personas. Un 32.01 % de los estudiantes tomados en la muestra presenta un puntaje alto, de modo que según los resultados la ayuda es un factor que suelen poner en práctica. Por su parte, un 67.98% puntuaron bajo en esta categoría.

**En la cuarta variable: Seguridad y Firmeza en la interacción (Sf)**

Con relación a esta variable, se analiza cómo es la interacción, si se logra defender los propios derechos, expresar las quejas y afrontar los problemas, el 38.84 % de los estudiantes tomados en la muestra obtuvieron puntaje alto de modo que cumplen con esto, que además no les pesa decir “no” cuando así lo creen necesario o mostrarse respetuosos pero sin timidez ante las autoridades. De modo contrario un 61.15% tuvieron una anotación baja.

La ayuda hace parte de los factores que influyen considerablemente en el incremento de las habilidades positivas que se relacionan con la conducta prosocial (Moñivas, 1996)

**En la quinta variable: Liderazgo prosocial (Lid)**

Mide el grado en que se tiende a proponer ideas y lograr tener la iniciativa en grupo para alcanzar objetivos comunes, mediante planificación y entereza. Coinciden con estas características el 44.96% de los encuestados, los cuales puntuaron alto; al contrario, no coinciden con esto el 55.03% de la muestra, que sacaron bajo nivel en esta categoría.

El liderazgo tiene orígenes anglosajones, Bass (1990) afirma que el término leader existe en el idioma inglés desde el año 1300; aunque el término leadership surgió en ese idioma en la primera mitad del siglo XIX, en tratados sobre la influencia política y el control del Parlamento Británico. El Según el Diccionario de la Real Academia (2016) liderazgo remite a la palabra “liderato” que cuyo significado es condición de líder, del mismo modo afirma que la palabra líder proviene del inglés “leader”, que traduce guía, por lo cual liderazgo es aquella característica atribuida a una persona a la que un grupo sigue y le reconoce como jefe u orientadora. (Sánchez, 2015)

**En la sexta variable: Agresividad-terquedad (Agr)**

Se refiere a la tendencia a acometer de forma violenta contra las personas o cosas, incluyendo con esto amenazas, intimidación, envidia y tenacidad rígida. En este punto el 59.35% de los estudiantes tomados en la muestra presenta un puntaje bajo, lo cual indica baja agresividad- terquedad, y en cambio, presencia de paciencia, tolerancia, sociabilidad, amabilidad, flexibilidad. Por su parte, el 40.64 % marcaron un alto puntaje en esta variable. La agresividad es una de las características de las conductas antisociales, las cuales se refieren a todos los comportamientos cuya finalidad es dañar o herir a otros (Coie & Dodge, 1997).

**En la séptima: Dominancia (Dom)**

Se relaciona con la búsqueda de autoridad y dominar a los demás, ser competitivo y busca ser superior, manipular y aprovecharse de los demás. El 56.83% de los estudiantes de la muestra obtuvieron una puntuación baja en esta variable, lo cual se relaciona con una baja dominancia, a no imponerse, ni mandar, ni competir, al contrario, ser humildes y sencillos. El 43.16 % sacó un puntaje alto.

Desde el cuestionario AECS, se retoma el sentido que el cuestionario 16 PF da al término de dominancia, que se refiere a dogmatismo, seguridad en sí mismo, mentalidad independiente, austeridad, autorregulación, hostilidad y ser extra-punitivo, autoritaria (en el manejo de los demás) y hacer caso omiso de la autoridad. Por otro lado, también se relaciona con asertividad, competitividad, seriedad, actitud solemne, rebelde, poco convencional, fuerte, que puede manejar la afectividad, que impone ordenes en situaciones críticas, una tendencia a ejercer la voluntad de uno mismo frente a la de los demás, tiene su extremo en llegar a alienar a las personas que no desean ser subyugadas (R.B Cattell., 2003).

**En la octava: Apatía- Retraimiento (Ap)**

Analiza el grado de aislamiento y preferencia por la soledad, la reserva crítica, alejamiento. El 42.08 % de los estudiantes que presentaron la prueba tuvieron un resultado bajo en esta variable, lo cual se relaciona con el gusto por integrarse en los grupos y participar en sus actividades, preferir trabajar en compañía, sentir agrado por comentar con los otros sus cosas, ser sociables y extravertidos. Por su parte un 57.91% obtuvieron un puntaje alto.

Según Eisenberg et al (2006) y Wentzel (2005), las conductas prosociales, son importantes en tanto que tienen un una consecuencia inhibitoria en las conductas sociales negativas, como la agresividad, o el retraimiento social, convirtiéndose en un factor clave para promover la competencia social y académica en la escuela.

**En la novena: Ansiedad-timidez (Ans)**

Estima el nivel de timidez, miedo a expresarse, relacionarse, defender los propios derechos con asertividad, culpabilidad. El 43.88 % de las personas encuestadas puntuaron bajo, lo cual se relaciona con mostrarse abierto en las relaciones sociales, confiado, de fácil trato, tranquilo, apacible, seguro y firme al tener que defender sus propios derechos, afrontar las dificultades con serenidad. De otro lado, un 56.11% puntuaron alto en esta categoría.

Según Inglés, Cándido, Martínez y García (2013), la prosocialidad es un factor que previene y correlaciona de forma negativa con la ansiedad.

**En la décima: Impulsividad frente a la reflexividad (Imp)**

Esta escala mide el grado de autocontrol sobre los impulsos, inhibición de la conducta relacionada con la satisfacción inmediata de los impulsos, lo cual lleva a una tolerancia a la frustración, reflexión y análisis del pensamiento antes de tomar decisiones. El 64.38% de los encuestados obtuvieron un puntaje bajo, lo que se relaciona con niveles bajos de impulsividad y por ende alta reflexividad, tendencia a controlar sus impulsos y emociones, tener reacciones previsibles, ser emocionalmente estables, mostrar cautela en sus decisiones, pensar en las consecuencias antes de actuar, ser responsable, constante en sus trabajos, acabar lo que se empieza, parecer fríos en las relaciones, calculadores, rencorosos. Por su parte, el 35.61 % puntuaron alto.

La impulsividad es un rasgo predictor de los comportamientos antisociales y actos delictivos (Neumann et al., 2010; Betancourt et al., 2015)

Desde las teorías evolucionistas hay una marcada disparidad entre el sexo femenino y el masculino, presentando los hombres mayor impulsividad y hostilidad que las mujeres (Gadorgordobil, 2005, p.44).

**En la once: Independencia frente a dependencia de campo (Ind)**

Respecto a esta variable, se mide la capacidad de ser independiente mentalmente, centrarse en tareas concretas abstrayéndose de los estímulos externos, tener las opiniones propias y separadas de las de los demás. Un 53.23% de los adolescentes a quienes se les aplicó la



prueba, fueron calificados con un puntaje bajo, lo cual se traduce una necesidad del parecer de los otros para actuar, dejarse influenciar fácilmente por las alabanzas y las críticas, tener facilidad para atender a muchas cosas a la vez, ser sensibles a las necesidades de los demás, mostrar cordialidad y ser comunicadores. Contrario a esto, el 46.76 % sacaron un puntaje alto.

Según Leone (1969), las personas con una independencia de campo presentan mejores resultados en pruebas piagetianas que los dependientes de campo, debido a su forma particular de procesar y seleccionar la información. Ha habido muy pocas investigaciones acerca de cómo este concepto influye en el rendimiento escolar. Páramo y Tinajero (1991) encontraron diferencias en el rendimiento académico de estudiantes universitarios de España, en función de la Dependencia-Independencia de Campo. Hallando que las personas independientes de campo tenían mejores calificaciones en las diversas materias de estudio.

#### **En la doce: Convergencia frente a la divergencia (Cv)**

Esta escala evalúa qué tanto la persona es o no flexible en la búsqueda de solución de problemas, y la rigidez de pensamiento. Un 53.95% de los estudiantes tomados en la muestra presenta un puntaje bajo, lo que quiere decir que tiende a presentar alto nivel de convergencia frente a la divergencia, esto se refiere a que tienden a ser de mente abierta, flexibles en las discusiones, demostrar imaginación para encontrar soluciones, ser tolerantes y poco críticos, no molestarse por que le discutan sus opiniones, agradecerles la improvisación, ser espontáneos y naturales. De otro lado, un 46.04 % obtuvieron un puntaje alto.

#### **En la trece: Percepción y expectativas negativas sobre la relación social (Per)**

Se refiere al grado de perspicacia y desconfianza en los demás. Analiza la forma en que la persona se ve así misma respecto a cómo se relaciona con los demás. En la muestra de encuestados, un 51.79% de los estudiantes obtuvieron una puntuación baja, lo que se relaciona con una autoimagen positiva, mostrarse optimistas sobre sus posibilidades sociales, confiarse en exceso, ser objetivos al interpretar el significado de las relaciones sociales. Sin embargo, un 48.20 % de los estudiantes sacaron alto puntaje en esta parte.

#### **El catorce: Percepción negativa del sujeto de la calidad de aceptación y acogida que recibe de sus padres (Hos)**

Este ítem evalúa cómo es percibida por el sujeto la afectividad, aceptación y benevolencia de sus padres, además del apoyo y confianza que le tienen. Entre los estudiantes encuestados, el 42.08 % obtuvieron un puntaje bajo, por lo que se presume una percepción positiva por parte de estos en torno a este respecto; por su parte un 57.91% de la muestra puntuó alto en esta parte.

**El quince: Dificultad en la observación y retención de la información relevante sobre las situaciones (Obs)**

Esta variable mide el grado de dificultad en comprender las situaciones sociales; el 50.35% de los participantes en esta investigación, puntuaron bajo, esto se relaciona con una buena observación de los problemas o conflictos sociales, la objetividad para describir lo que se ha presenciado, analizar lo observado, distinguir lo más importante de lo accesorio, recordar con fidelidad lo que se ha observado aunque pase tiempo, el 49.64 % puntuó alto.

**El dieciséis: Dificultad en la búsqueda de soluciones alternativas para resolver los problemas sociales (Alt)**

Analiza la dificultad para solucionar dificultades interpersonales de diferentes maneras, la creatividad para hallar soluciones alternativas sorteando obstáculos que se puedan presentar. En este ítem, el 53.95% de los estudiantes tomados en la muestra obtuvo un resultado bajo, lo que se relaciona con la flexibilidad y múltiples recursos con los que se cuenta para enfrentar los problemas, una preferencia por buscar las soluciones, originalidad y la autocrítica, ser exigente con las iniciativas, sentir agrado por los cambios y lo novedoso; por el contrario, el 46.04 % de la muestra obtuvieron un puntaje alto.

**El diecisiete: Dificultad para anticipar y comprender las consecuencias que posiblemente se seguirán de los comportamientos sociales (Cons)**

En esta variable se aprecia el nivel de dificultad para prever las consecuencias de los actos, evaluarlas y tomar acertadas decisiones. El 56.11% de los adolescentes de esta muestra, puntuaron bajo en esta categoría, esto se relaciona con un sentido de responsabilidad frente a las consecuencias de sus acciones; por otro lado, un 43.88 % de la muestra tuvieron una calificación alta en este ítem.

**El dieciocho: Dificultad para elegir los medios adecuados a los fines que se persiguen en el comportamiento social (Med)**

En esta categoría, se mide el grado de dificultad con que se evalúan y escoge entre las alternativas, y se planean los pasos para hallar soluciones. El 54.31% de las personas encuestadas obtuvieron un puntaje bajo, lo que se refiere a una adecuada planificación para alcanzar objetivos, anticipar los posibles obstáculos, tener en cuenta la experiencia de los propios éxitos o fracasos, captar los momentos más oportunos, calcular los tiempos de ejecución antes de actuar. El otro 45.68 % del total de encuestados, calificaron un puntaje alto.

**El diecinueve: Percepción positiva del sujeto del Modo de ejercer sus padres la autoridad en el hogar (Dem)**

Esta variable evalúa la forma como se percibe el manejo de la autoridad de los padres, si es democrática o autoritaria, si se le permite al sujeto tener una participación y opinión activa en las decisiones familiares, el grado en que es escuchado y respetado por sus padres. El 30.93 % de las personas que respondieron el cuestionario tuvieron un puntaje alto, lo que se traduce a que presuntamente en su casa se discuten entre todos las decisiones comunes, pueden expresarse los sentimientos libremente, se respetan las decisiones personales, se les escucha y se les acepta su modo de pensar. Por otro lado, un 69.06% presentaron una puntuación baja.

**Las variables con más alto puntaje fueron:**

57.917% tiende a presentar una alta percepción negativa de la calidad de aceptación y acogida que reciben de sus padres.

56.11% tiende a presentar alto nivel de ansiedad y timidez

57.91% tiende a presentar alta apatía-retraimiento

**Las variables con más bajo puntaje fueron:**

30.93% tiende a presentar una baja percepción positiva del modo de ejercer sus padres la autoridad en el hogar.

31.29% tiende a presentar una baja sensibilidad social

32.01% tiende a presentar un bajo nivel de ayuda y colaboración

### **¿Por qué puede ser esto?**

Porque si la mayoría tiene una percepción negativa de la calidad de aceptación y acogida de los padres, y también una baja percepción positiva del modo de ejercer sus padres la autoridad; esto es que en general tienen una mala percepción de los padres, lo cual es indicativo y un factor primordial que impide o obstaculiza la posibilidad de que se presenten conductas de ayuda, y al contrario como dice Jessor (1988), puede causar más fácilmente comportamientos agresivos y antisociales.

Jessor (1988) propone que tal vez los motivos por los cuales se deteriora transitoriamente el estilo de vida de los adolescentes sean la necesidad de experimentar cosas nuevas para obtener la aceptación de los iguales, y adquirir un mayor campo de autonomía en las relaciones con sus padres, o repudiar la autoridad convencional. Según este autor además, el segundo factor que promueve la prosocialidad e inhibe la agresividad es la crianza de los padres; el primero es la empatía.

Por otro lado, la ansiedad y timidez, pueden llegar a ser una causa de que se presenten comportamientos de la apatía y retraimiento; este último afirman Eisenberg et al (2006) y Wentzel (2005) puede ser inhibido, junto con otros comportamientos sociales negativos como la agresividad, por medio de las conductas prosociales, transformándose en un factor clave para la promoción de la competencia social y académica en la escuela.

Como propone Plazas, et al (2010) hay factores protectores que minimizan la probabilidad de que se den conductas antisociales, por ejemplo la empatía, la cual, junto con el “ponerse en el lugar del otro” es fundamental para que se presenten las conductas de ayuda (Watson et al., 1999), el hecho de que la mayoría tenga una baja sensibilidad social explica por qué hay un bajo nivel de ayuda y colaboración.

### **Conclusiones**

El concepto de conducta prosocial se ha estudiado a lo largo de los años, tanto su surgimiento, su evolución histórica, como también las soluciones y aplicaciones de programas de intervención social.

Se ha encontrado que la empatía es un factor protector que disminuye la probabilidad de presentar comportamientos agresivos y que aumenta la posibilidad de generar comportamientos prosociales.

También que las personas con conductas prosociales son más populares, aceptadas y más empáticas; contrario a quienes no son prosociales, que son más excluidos y menos empáticos. Así mismo se encontró que las mujeres son más empáticas y prosociales, mientras que los varones son más agresivos y más antisociales.

Se distinguen dos formas de conductas antisociales: una que beneficia a las dos partes y una que beneficia solo a una parte. Además la conducta prosocial se asocia con buscar mejoras en las personas más allegadas.

Algunos autores del aprendizaje proponen que por medio de estímulos se puede promover el altruismo y las conductas prosociales; sin embargo, aseguran que el tipo de estímulo que más logra esto es el de brindar aceptación social a los adolescentes, no tanto premiándolos materialmente.

Se encontró que cuando hay más espectadores, disminuye la probabilidad de ayuda; que dependiendo de la apariencia étnica hay diferente frecuencia y rapidez de ayuda; que si el arousal fisiológico es de tal forma que la persona tiene una alta respuesta emocional y empática, hay más probabilidad de que preste ayuda a alguien que la necesita; que frente a una situación grave, las personas suelen ayudar con una motivación egoísta para disminuir su propia preocupación; al contrario, en una circunstancia de fácil solución hay una motivación realmente altruista ya que no hay un alto malestar emocional que tenga que disminuirse en dicho caso.

Los valores y comportamientos prosociales conducen a los jóvenes a ser más responsables, facilitan su aprendizaje escolar, de manera que hay una conexión entre lo académico y lo social.

Los comportamientos prosociales pueden ser aprendidos y requieren ejercicio y reflexión para potenciarlos; los factores estructurales de la personalidad como la amistad y la conciencia social, tienen un gran peso en las conductas prosociales; así mismo la empatía es el principal factor que promueve la prosocialidad e inhibe la agresividad, el segundo es la crianza de los padres. Además, la prosocialidad está más relacionada con la motivación intrínseca; mientras que la motivación extrínseca está más relacionada con las conductas antisociales. El trazarse metas permite tener un comportamiento prosocial.

Los estudiantes prosociales son socialmente más aceptados, empáticos, cooperativos, no competitivos, socialmente competentes, responsables hacia los demás, tienen más amigos, son más populares; en cambio los que buscan un refuerzo social no son tan prosociales.

Por otro lado, tener un control sobre las emociones juega un papel importante en los comportamientos de ayuda. También, a mayor autoeficacia social hay un comportamiento más prosocial; y a menor autoeficacia social hay más probabilidad de que se presenten comportamientos antisociales y agresividad.

Varios autores coinciden en que existen distintos factores que inciden en la prosocialidad, tales como la cultura, el contexto familiar, escolar, factores cognitivos, afectivos de sociabilidad y un componente intelectual. Así, en la edad preescolar el vínculo con la madre y la empatía son variables muy importantes para tener conductas prosociales.

La prosocialidad implica ponerse en el lugar del otro, tener empatía -es decir, tratar de comprender las experiencias de las otras personas sin juzgar- y tener habilidades mentalistas para así entender las actitudes y estados mentales de los demás; todo esto hace que se den las conductas de ayuda de forma altruista.

La responsabilidad y la capacidad de adaptarse a un entorno social son factores importantes para el desarrollo positivo, esto se relaciona con el respeto por los derechos y sentimientos de los demás, la participación, el esfuerzo, la autonomía y ayuda a los demás.

Las conductas antisociales han sido estudiadas desde varios enfoques como el psicobiológico y el psicosocial. Según las teorías evolucionistas los hombres presentan mayor agresión física, impulsividad y hostilidad; mientras que las mujeres presentan mayor agresión verbal.

La agresividad en cierta medida tiene una funcionalidad, y es que ayuda para preservar la propia vida y la de la especie.

Cloninger plantea tres dimensiones que determinan genéticamente las conductas antisociales: Buscar innovación, eludir el sufrimiento, buscar gratificación.

Eysenck afirma que los comportamientos que trasgreden las leyes sociales derivan del hedonismo y que las personas pueden aprender el buen comportamiento y acatamiento de las normas. Propone que las personas introvertidas tienen conductas convencionales, mientras que las extravertidas son más predispuestas a comportarse en contra las normas.

Plantea además dos dimensiones necesarias para que se presenten las conductas

antisociales: el neuroticismo y el psicoticismo, sumadas a la extraversión. Un bajo nivel intelectual lleva a un mayor riesgo de cometer delitos.

Según el contexto socio-económico varía la probabilidad de que se den comportamientos antisociales, a más bajo nivel, mayor agresividad y viceversa. Esto ocurre por la falta de oportunidades económicas que tienen, lo cual expone a las personas a situaciones desagradables y a frustraciones que generan conductas hostiles.

El modelo de Lycken propone que para que haya una buena conducta deben haber dos factores: 1. Buenas costumbres formativas y de corrección con castigos y premios. 2. Que hayan sido heredadas ciertas características psicológicas y físicas que propicien la aceptación de las normas. Define dos clases de infractores: los sociópatas y los psicópatas, los primeros tienen una educación deficiente de los padres y los segundos tienen una configuración psicológica que les dificulta la socialización, se caracterizan también por la irreflexión, búsqueda de peligro, violencia, agresividad y falta de temor. En cambio la adecuada socialización ocurre cuando se corrigen las conductas desviadas, lo cual posteriormente causa temor a incurrir en comportamientos antisociales.

Según la teoría taxonómica de Moffitt la delincuencia comienza en la adolescencia y hay dos tipos de delincuencia, una persistente y una limitada a la adolescencia que se da solo en el periodo de los 15 y los 18 años.

Desde la perspectiva del proceso de socialización los hombres tienen más iniciativa al relacionarse con las mujeres, tienen conductas competitivas-agresivas, mientras que las mujeres en general ceden a la iniciativa de los varones, son más reservadas, inhibidas y de trato deferente.

También está el modelo de cascada y la historia natural del delito que asocia los problemas de conducta con el nivel de desarrollo cognitivo. Otros modelos (RNR y IDIM) hablan de los factores de riesgo y proponen varias intervenciones.

Si los jóvenes piensan que sus fracasos escolares son por tener capacidades deficientes, no se esforzarán en lograr el éxito. Mientras que si piensan que su éxito depende de su esfuerzo pueden ser más persistentes y más prosociales.

Los adolescentes que presentan conductas antisociales suelen percibir las situaciones accidentales como algo que atenta directamente contra sí mismos tomando muchas veces represalias injustificadas.

El fracaso escolar predice la conducta agresiva y la conducta antisocial predice el fracaso escolar, hay una correlación directa entre ambos.

Desde la psicología positiva la adolescencia se concibe como una etapa de aprendizaje y oportunidades si hay un entorno adecuado que brinde seguridad y cuidado. Otros autores plantean que en esta etapa de la vida se es más vulnerable a las conductas antisociales, posiblemente porque los adolescentes buscan experimentar situaciones nuevas para ser aceptados por los pares, tener una mayor autonomía en la relación con sus padres o repudiar la autoridad.

Según gran número de investigaciones, hay una correlación negativa entre edad y número de conflictos entre padres e hijos, varios autores dicen que en esta etapa los adolescentes sienten necesidad de cercanía con los padres, de acercarse a la adultez y de compartir con los iguales.

La relación con los iguales es muy importante para el desarrollo del adolescente porque encuentra reciprocidad y apoyo mutuo. Cuando van creciendo los adolescentes empiezan a asistir a situaciones sociales nuevas y entrar en contacto con personas desconocidas, también se da inicio a nuevas amistades y relaciones amorosas.

Según diversos autores forjar amistades en esta etapa es un buen indicador de habilidades interpersonales saludables y de un buen ajuste psicológico.

### Referencias bibliográficas

- Alarcón, Paula, Vinet, Eugenia, & Salvo, Sonia. (2005). Estilos de Personalidad y Desadaptación Social Durante la Adolescencia. *Psyche (Santiago)*, 14(1), 3-16. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22282005000100001>
- Bandura, A. (2006). Guide for constructing self-efficacy scales. In F. Pajares & T. Urdan (Eds.). *Self-efficacy beliefs of adolescents*, (Vol. 5., pp. 307-337). Greenwich, CT: Information Age Publishing
- Calvo, A.J.; González, R. y Martorell, M.C. (2001): Variables relacionadas con la conducta prosocial en la infancia y adolescencia: personalidad, autoconcepto y género. *Infancia y Aprendizaje*, 93, 95-111.



- Cifuentes González, John Jairo; Londoño Arredondo, Nora Helena. (2011). Perfil cognitivo y psicopatológico asociados a la conducta antisocial. *International Journal of Psychological Research*, Sin mes, 58-69.
- De Bruyn E.H., y Van den Boom D.C. (2005). Interpersonal behavior, peer popularity, and self-esteem in early adolescence. *Social Development* 14, 555-573.
- Del Barrio, V., Aluja, A., y García, L.F. (2004). Bryant's empathy index for children and adolescents: Psychometric properties in the Spanish language. *Psychological Reports*, 95, 257-262.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística – DANE (2005). 3.1.4 Estructura de la población en Antioquia por grupos de edad y sexo, según los últimos cuatro censos 1973 – 2005. Recuperado el 30 de agosto de 2014 de [http://antioquia.gov.co/PDF2/anuario\\_2012/data/poblacion/PO314.html?zon=Z01yregio=SR01ysw=1](http://antioquia.gov.co/PDF2/anuario_2012/data/poblacion/PO314.html?zon=Z01yregio=SR01ysw=1)
- Diener, C. y Dweck, C.S. (1978). An analysis of learned helplessness: Continuous changes in performance, strategy, and achievement cognitive following failure. *Journal of Personality and Social Psychology*, 36, 451-462
- Dodge, K.A. y Frame, C.L. (1982). Social cognitive biases and deficits in aggressive boys. *Child Development*, 53, 344-353
- Dweck, C.S. (1975). The role of expectations and attributions in the alleviation of learned helplessness. *Journal of Personality and Social Psychology*, 31, 674-685.
- Eisenberg N, Fabes RA, Spinrad TL. Prosocial development. In: Eisenberg N, Damon W, editors. *Handbook of child psychology. Vol. 3. Social, emotional, and personality development*. 6th edition Wiley; New York: 2006. pp. 646–718.
- Eisenberg N., y Fabes R.A. (1998). Prosocial development. *Handbook of child psychology: Social, emotional, and personality development* 3 (5), pp 701-778). New York: Wiley.
- El País y Agencia AP (13 de noviembre de 2008) Colombia entre países con más homicidios. Periódico El País. Recuperado el 29 de julio de 2014, de <http://historico.elpais.com.co/paisonline/notas/Septiembre132008/inter8.html>
- Erikson, E. (1980). *Infancia y sociedad*. Buenos Aires: Horne, Paidós. (Trabajo original publicado en 1950).

- Escartí, A., Pascual, C. y Gutiérrez, M. (2005). Responsabilidad personal y social a través de la educación física y el deporte. Barcelona: Graó
- Ford, M.E. (1996). Motivational opportunities and obstacles associated with social responsibility and caring behaviour in school contexts. En J. Junoven y K.R. Wentzel (Eds.), *Social motivation: Understanding children's school adjustment* (pp. 126-153). New York: Cambridge University Press.
- Garaigordobil, M (2005). Conducta antisocial durante la adolescencia: correlatos socio-emocionales, predictores y diferencias de género. *Psicología Conductual*, 13,2, 197-215.
- Gutiérrez Sanmartín, Melchor; Escartí Carbonell, Amparo; Pascual Baños, Carminal. (2011). Relaciones entre empatía, conducta prosocial, agresividad, autoeficacia y responsabilidad personal y social de los escolares. *Psicothema*, Sin mes, 13-19.
- Hayes S. (2000). Peer assessment of children's prosocial behavior. *Journal of Moral Education*, 29, 47-60.
- Herrera Paredes, D; Morales Córdoba Hugo. (2005). Comportamiento antisocial durante la adolescencia: teoría, investigación y programas de prevención. *Revista de Psicología de la PUCP*. Vol. XXIII, 2, 204-247
- Inglés, Cándido J.; Martínez-González, Agustín E.; Valle, Antonio; García-Fernández, José M.; Ruiz-Esteban, Cecilia. (2011). Conducta prosocial y motivación académica en estudiantes españoles de Educación Secundaria Obligatoria. *Universitas Psychologica*, Mayo-Agosto, 451-465.
- Jessor, R. (1998). *New perspectives on adolescent risk behaviour*. New York: Cambridge University Press
- Kimmel, D.C. y Weiner, I.B. *La adolescencia: una transición del desarrollo*. Barcelona: Ariel, (1998).
- Kochanska, G., Murray, K. Y Coy, K.C. (1997). Inhibitory control as a contributor to conscience in childhood: from toddler to early school age, 12, 263-277.
- Kupersmidt, J., Coie, J.D. y Dodge, K.A. The role of poor peer relationships in the development of disorder. En S.R. Asher y J.D. Coie (eds.). *Peer rejection in childhood* (pp. 274-305). Nueva York: Cambridge University Press, (1990).

- Laursen, B., Coy, K.C. & Collins, W. A. (1998). Reconsidering changes in parent-child conflict across adolescence: A meta-analysis. *Child Development*, 69, 817-832.
- López F, Apodaca P, Etxebarria I, Fuentes M, Ortiz M. (1998) Conducta prosocial en preescolares. *Infancia y Aprendizaje*; 82: 45-61.
- López, K. S. y Lobo, M. (2008). Conducta antisocial y consumo de alcohol en adolescentes escolares. *Rev. Latino-am Enfermagem*, 16, 2.
- Martens, B.K. y Witt, J.C. (2004). Competence, persistence, and success: The positive psychology of behavioral skill instruction. *Psychology in the Schools*, 41, 19-30.
- Martínez González, Agustín Ernesto; Inglés Saura, Cándido; Piqueras Rodríguez, José Antonio; Oblitas Guadalupe, Luis Armando. (2010). Papel de la conducta prosocial y de las relaciones sociales en el bienestar psíquico y físico del adolescente. *Avances en Psicología Latinoamericana*, Sin mes, 74-84.
- Mestre, V., Samper, P., & Frías, M. D. (2002). Procesos cognitivos y emocionales predictores de la conducta prosocial y agresiva: La empatía como factor modulador. *Psicothema*, 14, 227-232.
- Molero C., Candela C., Cortés M.T. (1999) La conducta prosocial: una visión de conjunto. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 31 (2), 1999, pp. 325-353.
- Moñivas, A. (1996). Cuadernos de Trabajo Social 9, pp. 125-142. Madrid: Ed. Universidad Complutense.
- Navas, E., Muñoz, J.J., y Graña, J.L. (2005). Influencia del género, edad y conducta antisocial en variables de personalidad. *Revista de Psiquiatría de la Facultad de Medicina de Barcelona*, 32,2, 57-64.
- Organización Panamericana de la Salud para la Organización Mundial de la Salud (2002) Informe mundial sobre la violencia y la salud: resumen. Washington, D.C. Recuperado de: [http://www.who.int/violence\\_injury\\_prevention/violence/world\\_report/es/summary\\_es.pdf](http://www.who.int/violence_injury_prevention/violence/world_report/es/summary_es.pdf)
- Pakaslahti L., Karjaleinen A. y Keltikangas-Järvinen L. (2002). Relationships between adolescent prosocial problem-solving, prosocial behaviour, and social acceptance. *International Journal of Behavioral Development*, 26, 137-144.

- Plazas, E.A., Morón Cotes, M.L., Santiago, A., Sarmiento, H., Ariza López, S.E., y Patiño, C.D. (2010). Relaciones entre iguales, conducta prosocial y género desde la educación primaria hasta la universitaria en Colombia. (Spanish). *Universitas Psychologica*, 9(2), 357-369.
- Raine, A., Dodge, K.A., Loeber, R. et al. (2006). The reactive-proactive aggression questionnaire : Differential correlates of reative and proactive aggression in adolescent boys. *Aggressive Behavior*, 32, 159-171.
- Redondo, Jesús; Ingles, Cándido J.; García Fernández, Jose M.. (2014). Conducta prosocial y autoatribuciones académicas en Educación Secundaria Obligatoria. *Anales de Psicología*, Mayo-Agosto, 482-489.
- Rodrigo, M.J., Máiquez, M.L., García, M., Mendoza, R., Rubio, A., Martínez, A. y Martín, J.C. (2004). Relaciones padres-hijos y estilos de vida en la adolescencia. *Psicothema*, 16(2), 203-210.
- Rodríguez, A., y Torrente, G. (2003). Interacción familiar y conducta antisocial. *Boletín de Psicología*, 78, 7-19.
- Sandra Toledo, Lisette; Reyes, Luz Maritza. (2010). Proyectos de aprendizaje de servicio-comunitario y su influencia en las conductas prosociales de estudiantes universitarios. *Revista de Pedagogía*, XXXII Julio-Diciembre, 379-401.
- Seligman, M. E. P., y Csikszentmihalyi, M. (2000). Positive psychology: An introduction. *American Psychologist*, 55, 5-14.
- Singh-Manoux, A. (2000). Culture and gender issues in adolescence: evidence from studies on emotion. *Psicothema*, 12, supl. 1, 93-100.
- Vandiver, T. (2001). Children's social competence, academic competence, and aggressiveness as related to ability to make judgments of fairness. *Psychological Reports*, 89, 111-121.
- Veenstraa, R., Lindenbergb, S., Oldehinkelc, A.J., De Winterc, A.F., Verhulst, F.C., Ormel, J. (2008). Prosocial and antisocial behavior in preadolescence: Teachers' and parents' perceptions of the behavior of girls and boys. *International Journal of Behavioral Development*, 32, 3, 243-251.
- Velásquez, Elda, Martínez, M. Loreto, & Cumsille, Patricio. (2004). Expectativas de Autoeficacia y Actitud Prosocial Asociadas a Participación Ciudadana en

Jóvenes. *Psykhe* (Santiago), 13(2), 85-98. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22282004000200007>

- Watson A, Linkie N, Wilson A, Capage L. Social interaction skills and theory of mind in young children. *Developmental Psychology* 1999; 35(2): 386 - 391.
- Weiner, B. (2000). Intrapersonal and interpersonal theories of motivation from an attributional perspective. *Educational Psychology Review*, 12, 1-14
- Wentzel, K. (2005). Peer relationships, motivation and academics performance at schools. In A. Elliot & C. Dweck (Eds.), *Handbook of Competence and Motivation*. New York: Guildford Publications.
- Neumann, A., Barker, E., Koot, H.M. y Maughan, B. (2010). The role of contextual risk, impulsivity, and parental knowledge in the development of adolescent antisocial behavior. *Journal of Abnormal Psychology*, 119(3), 534-545.
- Betancourt Ocampo, Diana; García Campos, Sahid Rafael; (2015). La impulsividad y la búsqueda de sensaciones como predictores de la conducta antisocial en adolescentes. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, Septiembre-Diciembre, 309-315.
- Sánchez-Reyes, José Bernardo; Barraza-Barraza, Laurencia; (2015). Percepciones sobre liderazgo. *Ra Ximhai*, Julio-Diciembre, 161-170.
- Iriarte Diaz-Granados, Fernando; Cantillo, Katy; Polo, Adriana; (2000). Relación entre el nivel de pensamiento y el estilo cognitivo dependencia-independencia de campo en estudiantes universitarios. *Psicología desde el Caribe*, enero-julio, 176-196.